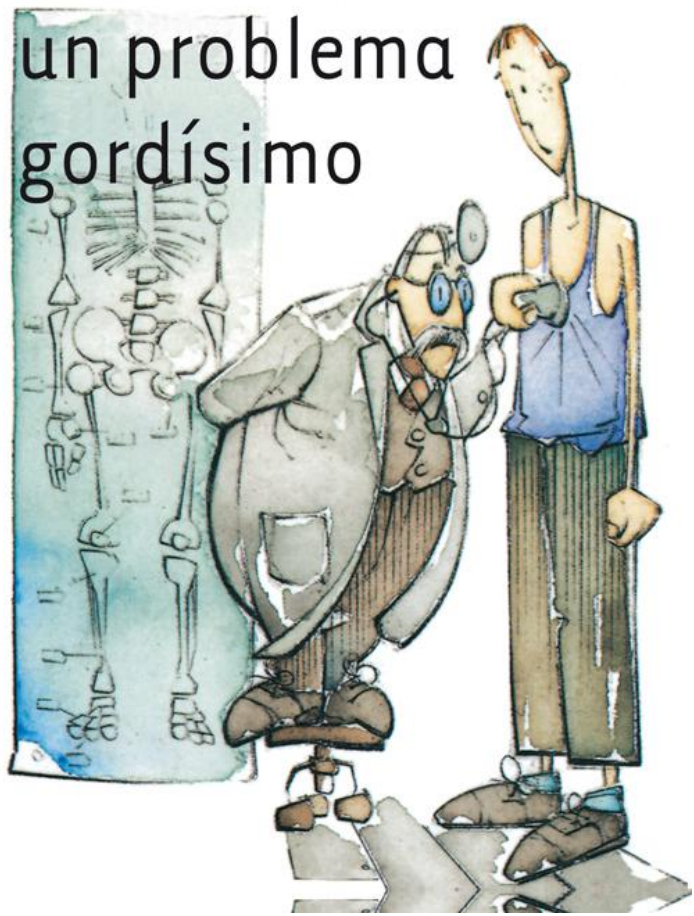
EL BARCO DE VAPOR

Fernando Lalana
y José María Almárcegui

Aurelio tiene un problema gordísimo

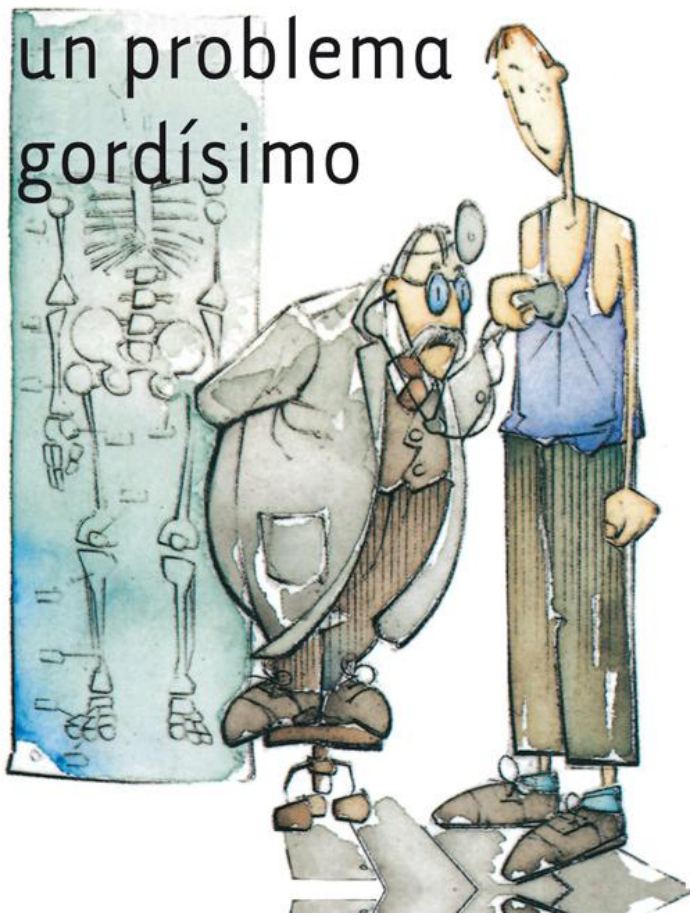


sm

EL BARCO DE VAPOR

Fernando Lalana
y José María Almárcegui

Aurelio tiene un problema gordísimo



sm

Primera parte

AQUEL HORRIBLE DÍA

1 Los pies de otro

E

SA noche había vuelto a soñar que se lo tragaba una ballena. Quizá por eso, al despertar se sentía mas cansado que cuando se acostó.

Abrió los ojos y se dio un susto de muerte. Allí, a lo lejos, sobresaliendo por el otro extremo de su cama, podía ver dos pies enormes y desconocidos. Ahogando un grito, apartó la sabana de un tirón y saltó al suelo. Y, ante su sorpresa, los dos pies saltaron con el y se situaron bajo su cuerpo, al final de sus piernas, unidos a sus propios tobillos.

Aurelio abrió una boca así de grande y emitió un quejido incrédulo.

—¡Ah...!

No era posible. Aquellos pies descomunales no serían ser los suyos. Sin duda, alguien se los había cambiado mientras dormía. Solo por asegurarse, cogió sus zapatos Gorila y trato de calzarselos.

Imposible, claro. Habría necesitado, al menos, cinco numeros más.

—Debo de estar soñando todavía –se dijo Aurelio.

Y, por ver si despertaba, se propinó un soberbio pellizco en el brazo izquierdo. Se produjo una hermosa roncha colorada, pero los pies continuaron del mismo tamaño.

En ese momento, oyó la voz de su madre, acompañada de dos golpecitos en la puerta.

—Vamos, hijo. Hora de levantarse.

Aurelio trató de hablar, pero la voz no quería salir de su garganta. Tuvo que intentarlo de nuevo. Logró un chillido bajito.

—Mami... mami, ven, que me han crecido los pies.

Doña Matilde frunció el ceño.

—¿Eh? ¿Qué murmuras?

Volvió sobre sus pasos y abrió la puerta del cuarto.

—¡Hiiijo mío! –exclame doña Matilde, tambaleándose por la impresión.

Aurelio, que aún no había apartado la vista de sus pies, miro entonces a su madre. La vio pequeñita, muy pequeñita. Luego, miró a su alrededor. Su habitación también había disminuido. ¿Y el suelo? ¿Por que estaba tan lejos el suelo?

Le dio un mareo. Se sentía cansadísimo, así que se desplomó en la cama. Doña Matilde le colocó la palma de su mano sobre la frente.

—Al menos, fiebre no tienes.

Brazos en jarras, contempló a su hijo. Porque era su hijo, de eso no cabía duda. Las madres, ya se sabe, tienen para esas cosas un sexto sentido; un pálpito o algo así. Vamos, que si se tratase de un impostor se habría dado cuenta al instante. No, ni pensarlo. Era Aurelio, sin duda. Su Aurelio. Su Aurelito. Pero ¡qu´´e alto estaba!

—¡Matías, ven, mira al chico! –grite doña Matilde–. ¡Matíaaas!

Pero la única respuesta fue el lejano rumor de la ducha.

—¡Tu padre, siempre tan oportuno! –exclamó la mujer, saliendo del cuarto–. Se ducha una vez por semana y ha de ser justo en este momento... ¡Matíaaaaas!

Al quedar solo de nuevo, Aurelio se incorporó fatigosamente. Se miró los brazos. Eran largos y huesudos, terminados en largas y huesudas manos. Y se le notaban todas las costillas del cuerpo. Fuera lo que fuese lo que le ocurría, no le afectaba solo a los pies.

De pronto, le asaltó una idea.

—¡La raya, la raya! –chillo ansiosamente, dirigiéndose hacia la pared de la ventana.

Desde hacía un par de años, cada tres o cuatro meses, Aurelio se situaba de espaldas a la pared, tomaba un lapicero, lo colocaba horizontal sobre su cabeza y realizaba una pequeña señal. Era un gusto ver como cada nueva rayita se alzaba dos, tres y hasta cuatro centímetros por encima de la anterior.

Ahora corrió hacia allí, y busco la última marca.

—No está... –balbució, confundido.

Su madre habría borrado las señales en la última limpieza, seguro. ¡Maldición! Llevaban allí más de dos años y las había tenido que borrar precisamente ahora.

Bajó la vista, desalentado. Entonces las vio. Tuvo que agacharse para mirarlas de cerca pero, desde luego, no existía duda alguna. A la altura de su pecho había una rayita con la inscripción FEB. 67; un poco más abajo, otra que decía nov. 66. Y debajo otras más, cada una más antigua y borrosa que la anterior.

Aurelio tragó saliva, cogió un lapicero, se coloco de espaldas a la pared e hizo la correspondiente señal. Luego, con su estupenda regla de madera, midió la distancia que separaba la última marca de la que acababa de realizar.

—Treinta y cuatro, coma, cinco –susurró.

Así, tuvo la aplastante certeza de que esa noche había crecido treinta y cuatro centímetros y medio.

DON MATÍAS APARECIÓ en la puerta chorreante, con una toalla anudada a la cintura. Había venido por el pasillo rezongando por lo bajo, sin duda molesto por la forma tan intempestiva en que su mujer lo había sacado de la ducha.

—¿Es que todo lo tengo que solucionar yo en esta casa? ¿Es que no sabéis hacer nada sin mí? ¡A ver! ¿Qué diantres le pasa al chico?

Cuando vio a Aurelio, se quedo inmóvil, tal que si le hubiera dado un paralís: serio, sujetándose la toalla con una mano, mirando a su hijo de hito en hito.

—Pero ¿qué significa esto? –exclamó, por fin, en un tono a medio camino entre la firmeza y la incredulidad, como si temiese estar siendo víctima de una broma pesada.

—¿A que esta más alto? –preguntó doña Matilde.

—¡Toma! Y tanto...

—¿Y ahora qué hacemos? –inquirió la esposa. Don Matías carraspeó un buen rato, antes de responder:

—¡Esta bien claro, mujer! ¡Llama al médeico ahora mismo!

Mientras la madre de Aurelio corría al teléfono, don Matías se acerco a su hijo. Estirando mucho el brazo, logro acariciarle la cabeza.

—¿Te encuentras bien, hijo? ¿Qué sientes?

Aurelio se llevó la mano al estomago.

—Hambre, papá. Un hambre que me muero.

Don Matías trataba de aparentar serenidad. Se sirvió un café solo y abrió la prensa por las páginas de deportes, como cada día. Pero no podía evitar lanzar continuas y atónitas miradas a su hijo por

encima del periódico.

Con total disimulo, contó los papelitos parafinados que Aurelio iba amontonando a su lado, sobre la mesa. Dieciséis. Se había comido dieciséis magdalenas y tres tazones de leche con colacao. ¡Qué bárbaro! Aunque, por otra parte, tenía un aspecto tan desnutrido...

—El doctor Bálsamo me ha dado hora para esta tarde, a las siete –anunció doña Matilde, entrando en la cocina.

—¿Cómo? ¿Para esta tarde? –se asombró don Matías–. Pero ¿le has explicado bien...?

—Claro que sí. Que el chico había crecido mucho de repente y que estaba muy delgado. Es eso, ¿no?

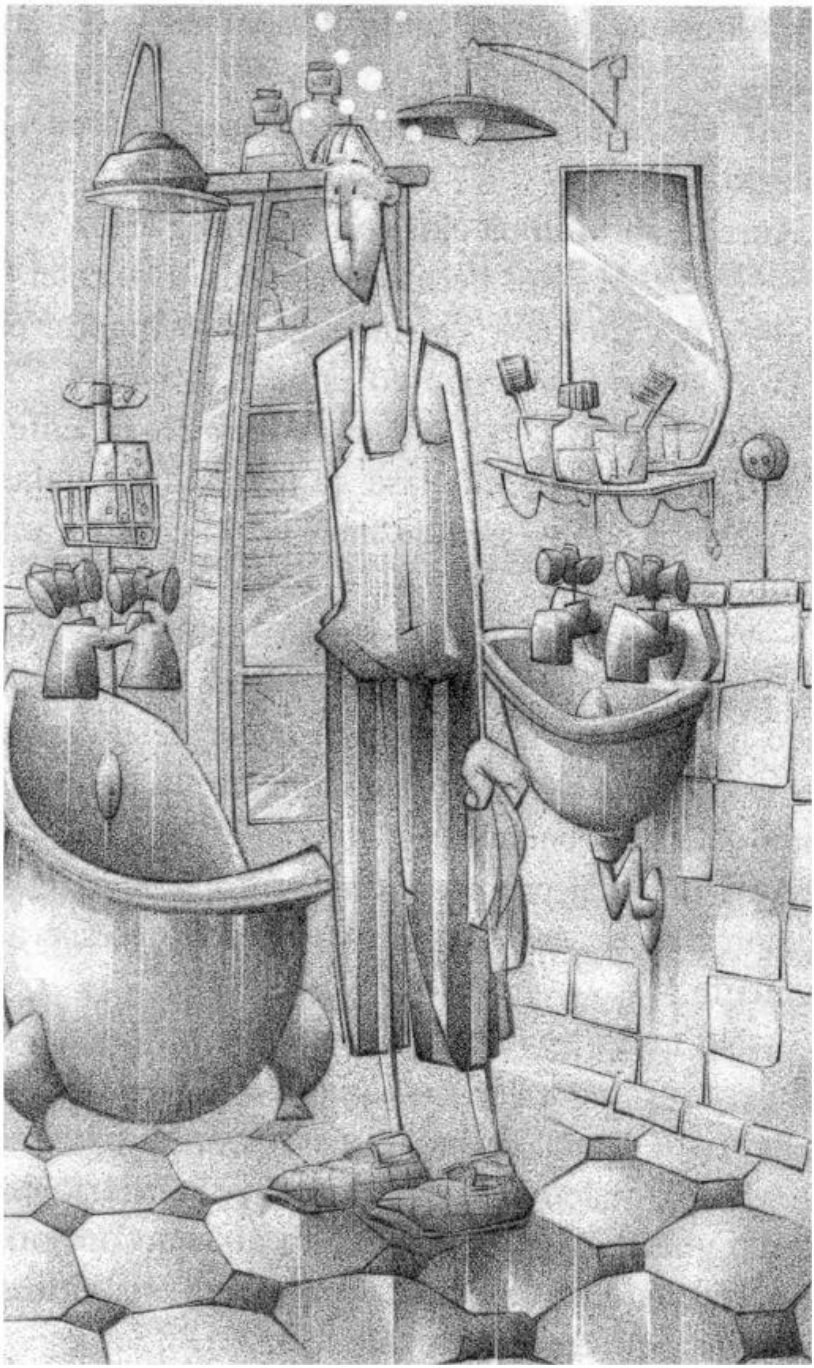
—Bueno... sí, pero...

—Me ha preguntado si tenía fiebre. No. Si sentía nauseas. No. Si le habían salido erupciones en la piel. Tampoco. Si le dolía algo. No. Entonces ha dicho que no parecía grave y que fuéramos a su consulta esta tarde.

Don Matías apuro su taza de café.

—Bueno, bueno. El sabrá.

A continuación, lanzó otro de sus habituales carraspeos de veinte segundos. Aurelio no conocía a nadie que carraspease tanto y tan bien como su papá.



—Y ahora, hijo, date prisa o llegarás tarde al colegio.

Aurelio abrió unos ojos como huevos fritos.

—¿Qué? ¿Al cole? Pero... ¡No puedo ir al cole!

—¿Y por qué no? Ya has oído a tu madre: el doctor Bálsamo cree que no es nada grave.

—Pero... pero... ¿No lo comprendes? De repente, seré el más alto de mi clase. El más alto de todas las clases. Todo el mundo me mirará como a un bicho raro.

—Vamos, vamos, no exageres. Alguien tiene que ser el más alto del colegio, ¿no? Ya me habría gustado a mí tener tu altura para poder defenderme del grandullon de Julián Faci, que me la tenía jurada. ¡Menudo bachillerato me dio el tal Faci!

Aurelio sintió que respiraba con dificultad. ¡No podían hacerle eso! Buscó una excusa desesperadamente.

—¡No tengo ropa! Toda me viene pequeña. Ni siquiera me servirá la tuya, papa.

Pero ahí estaba su madre para salir al quite.

—Creo que tengo la solución. En el armario del pasillo guardo algo de ropa de tu abuelo Constantino, que en paz descanse. El abuelo Constantino era altísimo. Seguro que te sirve.

—Ya verás como no –musitó Aurelio, con escasa convicción.

LA ROPA QUE ENCONTRARON en el armario del pasillo era digna de estar en un museo. O eso le pareció a Aurelio. Con todo, el principal problema radicaba en que el abuelo Constantino debía de

pesar unos cuarenta y cinco kilos más que su desdichado nieto.

—Mamá, pero si en esta camisa caben tres como yo...

—De mangas te va bien, que es lo importante. Ahora mismo te cojo unos pliegues en la espalda y listo. Eso sí, no te quites la chaqueta del traje o se te verán.

—¿Traje? ¿Voy a ir con traje?

—¡Qué remedio! Tu abuelo Constantino usó traje oscuro desde los nueve años. Siempre lo contaba.

A Aurelio le empezaba a caer gordo el abuelo Constantino, al que nunca conoció. Y la aversión se convirtió en odio al verse ante el espejo ataviado con aquel horrible traje de lanilla color gris marengo. Era como ver a Stan Laurel con la ropa de Oliver Hardy.

—¡No pienso salir de casa con esta facha!

—¿Qué facha? ¡Si estas muy elegante! Ademas, ya sabes que no se debe faltar a clase sin causa justificada. Y ahora, los zapatos.

Doña Matilde saco una caja de cartón marcada con el numero 45. Al abrirla, Aurelio retrocedió como si hubiera visto una culebra de dos metros.

—¡Aaaj! ¡Zapatos de rejilla! ¡Ni hablar! Eso sí que no, mamá. No me pondré zapatos de rejilla. ¡Todos los profesores de mi colegio usan zapatos de rejilla!

—Esa es la prueba de que son estupendos. Y muy cómodos. Venga, hombre, no pongas tantas pegas a todo.

Los zapatos le venían grandes, pero unas gruesas bolas de algodón en las punteras solucionaron el problema. Lástima que se adivinaran tan claramente a través de la rejilla.

—¡En marcha!

A Aurelio solo le quedaba la razonable esperanza de que sus compañeros no le reconocieran.

2 El último de la fila

C

AMINÓ todo el rato mirando al suelo, a buen paso, pegado a las fachadas de las casas. Tenía la sensación de que todo el mundo lo miraba. Y lo malo es que así era. Al llegar al final de la calle Cerdan, se detuvo.

—Vamos, Aurelio. ¿Por qué te paras?

En el colmo de la ignominia, su padre había insistido en acompañarle al colegio. Como cuando era un crío.

—Tengo fatiga, papa. Déjame coger aire.

En realidad, lo que tenía que coger eran ánimos. Al doblar la esquina, se encontraría a sesenta metros de la puerta del colegio. Iban a ser los sesenta metros mas angustiosos de su vida.

Hundió la cabeza entre los hombros, enterró la vista en el suelo y sujetó con fuerza la cartera.

—Ya –dijo.

—¡EH, MIRAD! ¿Quién es ese tipo tan raro?

—¡Vaya pinta!

—Debe de ser un nuevo. Pero de los mayores. De Preu.

—Será un americano, seguro. Mi padre trabaja en la base y me ha dicho que todos los americanos son altísimos.

—¡Buf, buf! ¡Atención, chicos! ¡Es Mantecón, es Mantecón!

—Estás tonto, Ernicas. ¿Cómo va a ser Mantecón ?

—Que sí, que sí. ¡Buf! El que va a su lado es el padre de Mantecón. Y yo acabo de verle la cara. Es el, seguro. Mantecón.

—En todo caso, será su hermano mayor, ¿no?

—Imposible. Mantecón no tiene hermanos.

—¿Y qué le ha pasado? Se ha estirado como la goma.

—Eso debe de ser cosa de la glándula tiroides.

—¿Y eso qué es, listo?

—Una cosa que tenemos en el cuello y que nos hace crecer, pedazo de ignorante. Si funciona mal, te quedas enano o te haces gigante.

—Ya salió el empollón. ¡A callar, premio nóbel!

—Diez cromos de futbolistas difíciles a que no es Mantecón.

—Los cinco magníficos y Gento, a que sí.

—¡Trato hecho!

AURELIO SUDABA como un minero cuando entró en clase y se dirigió al pupitre de segunda fila que compartía con Ismael Barandiaran. Con la vista clavada en el suelo, levantó la tapa, vació su cartera en el cajón y trató de sentarse. Pero también el pupitre le venía pequeño.

En clase se había hecho un silencio que pronto fue sustituido por un creciente murmullo salpicado de risas sofocadas.

Con tremendo esfuerzo, Aurelio consiguió pasar las piernas entre la

banqueta y el cajón, doblarlas luego por debajo del asiento y colocarse, por fin, en su sitio. Estaba incomodísimo.

Cuando don Eubulides cruzó la puerta de entrada lanzando su habitual «¡ejem!», a Aurelio le dolía ya el trasero cosa mala.

—¡Ejem! Buenos días, señores –saludó el maestro, que siempre llamaba «señores» a sus alumnos, excepto cuando los llamaba «mentecatos»–. Hoy vamos a estudiar los ríos de la península Ibérica.

Tom tiza y comenzó a dibujar en la pizarra el contorno de la costa mediterránea española. Sin embargo, su tarea pronto se vio interrumpida.

—Profesor... Don Eugulides...

La tiza se le partió en la mano justo en el cabo de Gata. Se volvió hacia sus alumnos con aire fastidiado.

—¿Cuaántas veces tendré que decirles que mi nombre es Eubulides? ¡Eubulides! ¡Bu, bu, bu! Con be de Barcelona. ¡Eubulides! Como Eubulides de Mileto, el maestro del gran Sócrates. Pero, claro, que sabrán ustedes lo que es llevar sobre los hombros un nombre ilustre. Ustedes, simples franciscos y joseantonios. En fin... ¡A ver! ¿Qué quería usted, señor Galindo?

Galindo había mantenido todo el tiempo el brazo derecho en alto con el índice estirado.

—Es que Mantecón no me deja ver.

—¿Cómo que no le...?

Don Eubulides miro a Aurelio y parpadeó ostensiblemente.

—Pero, Mantecón, ¿qué hace usted sentado ahí, hombre de Dios?

—Es mi sitio, don Eubulides –respondió Aurelio con un hilillo de voz.

—Eso es imposible –sentenció el maestro–. De todo punto imposible. Como bien saben ustedes, en mis clases siempre obligo a que los alumnos más bajos se sienten en las filas delanteras y los de mayor estatura, en las traseras. ¿Con qué objeto? ¿Eh? Con el de que estos últimos no impidan una correcta visión del encerado a los primeros. Y usted, está claro, es mucho más alto que el señor Galindo. ¡Ejem! En realidad..., por lo que veo, es usted más alto que cualquiera de sus compañeros. Así pues: su puesto está, sin duda, en la última fila.

—Pero yo le aseguro que...

—¡No discuta nunca una evidencia, Mantecón, o quedará como un necio! Además, ¿por qué se ha sentado en ese pupitre tan pequeño? ¿No ve que no cabe? ¡Si esta usted doblado como un cuatro!

Aurelio negó con manos y cabeza.

—No, no. Estoy muy cómodo aquí, de verdad.

—No me venga con monsergas, Mantecón, que es muy temprano. Haga el favor de trasladarse. Mire: allí, al fondo, veo un sitio libre. Justo al lado del señor Otentote.

Aurelio sintió que el aire escapaba de sus pulmones y se negaba a regresar. ¡Al lado de Otentote! ¡Al lado de Otentote, el gigantón! ¡Al lado del gordo Otentote, blanco de todas las pullas, objeto de todas las burlas! Aquello significaba su ruina. Sin paliativos.

—¿Es que no me oye? Coja todas sus cosas y váyase con Otentote.

Y mientras don Eubulides terminaba de dibujar sobre la pizarra la silueta de una piel de toro, Aurelio sacó del cajón sus libros, su cuaderno milimetrado, su bloc, su plumier y su estuche de pinturas Caran D'Ache, regalo de tía Engracia, y se encaminó con todo ello hacia el fondo del aula. Allí le esperaba Otentote, sonriente, sujetando abierta la tapa del pupitre.

Herminio Otentote era enorme. No tan alto como el nuevo Aurelio, pero sí muchísimo mas grande. Corría el rumor de que pesaba cuatrocientos kilos. Se sentaba en la última fila, en un pupitre

traído ex profeso para el de la clase de sexto, y siempre estaba solo. Todos se metían con Otentote, hasta los mas pequeños, a los que Herminio habría podido triturar con una sola mano. Pero Otentote era pan bendito. Nadie recordaba haberle visto pelearse jamás. Ni siquiera plantar cara a las ofensas de sus compañeros. Por el contrario, Otentote sonreía casi siempre. Tampoco nadie sabía por qué.

La mañana fue avanzando cansinamente, sin más puntos de interés que las miradas que los alumnos dirigían al pupitre de la ultima fila cada vez que don Eubulides se daba la vuelta.

Evidentemente, Mantecón y Otentote se iban a convertir en la pareja de moda. Y esa sola idea aterraba a Aurelio, cuya principal preocupación escolar hasta el día de hoy había sido la de pasar inadvertido.

—¿Me dejas la goma de borrar?

El susurro de Otentote pilló desprevenido a Aurelio, que a punto estuvo de lanzar un grito.

—No –contestó con rabia–. Y déjame en paz.

Otentote se encogió de hombros y sacó su propia goma Milan.

Como cada día, justo antes del recreo, don Eubúlides mandó recoger las tareas para casa del día anterior. Las de ayer eran los problemas 203 y 204 del libro de matemáticas y una redacción de quince líneas sobre las locomotoras de vapor. Todos los alumnos sacaron sus cuadernos de tareas y los colocaron sobre el pupitre. Otentote también lo hizo pero, de pronto, pareció pensarlo mejor y los volvió a guardar.

—¿Y sus tareas, señor Otentote? –preguntó don Eubulides.

—Es que... he olvidado hacerlas, don Eubulides.

—¡Otra vez! Tiene usted una mala memoria escalofriante. Pues ya sabe lo que le toca: se queda en clase y las hace durante el tiempo de recreo. Los demás, recoger y... ¡al patio!

Aurelio no pudo evitar mirar con estupor a su compañero de mesa. Viendo Otentote su desconcierto, le aclaró:

—Creo que hoy no es un buen día para salir al recreo.

Mientras Aurelio se dirigía a la salida desenvolviendo su bocadillo de mortadela, pensó que Otentote, además de grande, era tonto. ¡Pero si hacía un día espléndido!

Sin embargo, medio minuto más tarde cambio de opinión. Los más negros nubarrones se cernieron sobre su cabeza al ver que, en la puerta de los patios, exhibiendo dos inquietantes sonrisas, le esperaban Marraco y Parellada.

Marraco era moreno, patizambo, cetrino y cejijunto. Parellada era más alto, pelirrojo y con la mirada extraviada, de loco peligroso. Si la maldad tenía apellidos, estos habían de ser, a la fuerza, Marraco por parte de padre y Parellada por parte de madre.

Aurelio trató de esquivarlos, de pasar inadvertido, como tantas otras veces. Pero con sus nuevas dimensiones resultaba harto difícil.

—¡Eh, Mantecón! –gritó Marraco–. ¡Cuánto has crecido!

—Debe de dormir colgado de los tobillos. ¡Ja, ja! –rió Parellada.

—Es que comes demasiado. Por eso creces tanto, inútil. Mira que bocadillo se esta atizando, el tío. ¡Anda, trae!

—No, no –protestó Aurelio–. Que tengo mucha hambre...

—¡Toma! ¡Y nosotros! ¡Ja, ja! –rió Parellada.

Marraco dio una vuelta en torno a Aurelio, con aire escrutador, mientras daba buena cuenta del bocadillo de mortadela.

—Estas alto, pero flaco –dictamino–. Yo creo que tienes que hacer deporte. ¡Vamos a jugar al futbol!

—Si yo juego muy mal... –musitó Aurelio, aterrorizado.

—¡Nosotros te enseñaremos! ¡Ja, ja, ja! –rió Parellada.

Le hicieron ponerse de portero.

—Pero tienes que darnos ventaja, porque eres demasiado alto. ¡En cuclillas! –ordenó Marraco–. Y que no te vea yo ponerte de pie o te machaco la cabeza, mendrugo. Aunque, si quieres, puedes quitarte la chaqueta.

—No, no... La chaqueta, no.

—Pues peor para ti.

Le metieron dieciséis goles. Lo malo fue que paró otros dieciséis. Dos de ellos, con las narices. Durante todo el tiempo pensó en Otentote, con su eterna sonrisa, apaciblemente castigado en clase. Un lince, Otentote.

3 Hecho una facha

—¿Q

UÉ tal en el cole, hijo?

—Bien, papa.

Y Aurelio continuó comiendo con apetito su tercer plato de lentejas.

—Recuerda que esta tarde tenemos que ir al médico.

—Sí, mamá. Hay tiempo de sobra. Es a las siete, ¿no?

—Sí. Pero antes tenemos que pasar por los Almacenes Modernos a comprarte ropa nueva. No puedes ir al médico con esa facha.

—¿Lo ves? –gritó Aurelio–. ¡Voy hecho una facha! Lo acabas de decir.

Doña Matilde se mordió el labio inferior y trato de enmendar su error.

—No es eso, Aurelio. No iraás a comparar el ir al colegio con ir a ver al doctor Bálsamo.

—¡Por supuesto que no! Lo que diga el doctor Bálsamo me tiene sin cuidado.

—Pues no debería tenerte sin cuidado porque... —¡Ejemejemejemejemejejejejeeeeeeem... !

Aurelio y su madre miraron a don Matías, que había alzado el brazo

como un guardia de la circulación, y aguardaron a que concluyese su interminable carraspeo.

—¡Un momento, Matilde! –exclamo, por fin, el cabeza de familia–. ¿Estas diciendo que vas a comprarle ropa nueva al chico?

—No tiene nada que ponerse, Matías...

—Perdóname, pero lo encuentro un gasto precipitado. ¿Y si el doctor Bálsamo le receta unas pastillas o un jarabe y mañana vuelve a su tamaño normal? Sería un dineral tirado a la basura. ¡Y no estamos como para tirar el dinero!

Doña Matilde se encaró con su marido.

—Matías..., una nunca sabe con quién se puede encontrar en la sala de espera de un médico eminente. Así que no lo pienso llevar vestido con la ropa de mi padre, que en paz descanse.

—¡Claro! –apoyó Aurelio–. ¡Porque voy hecho una facha! ¿No es eso?

—¿Te quieres callar, niño?

—¡No le grites al chico, a ver si le vas a crear un complejo!

—¡Sí, complejo de pobre le va a entrar, gracias a ti!

—¡Muy graciosa!

A Aurelio le entristecía ver a sus padres tirándose los trastos a la cabeza por su culpa, así que cogió la bandeja de las albóndigas y, despacito, se encaminó a la cocina.

Y, como la discusión le había hecho perder el apetito, solo se comió trece.

4 Cuentacuatro

E

STUVO a punto de olvidar que esa tarde tenía clase de gimnasia. Y cuando lo recordó, ni siquiera trato de insinuar la posibilidad de hacer novillos. Sabía que no tendría éxito.

En el colmo del ridículo, se tuvo que apañar una impedimenta deportiva con sus pantalones cortos de siempre, una camiseta de invierno del abuelo Constantino y unas zapatillas viejas que le presto Otentote.

—¡Que viene, que viene! –alerto Ernicas.

Don Abundio, el profe de gimnasia, era militar retirado. General o sargento o algo así. Había combatido en un montón de guerras y, quizá por eso, gastaba una mala uva que tiraba de espaldas.

—¡Otentote, a las espalderas! –ordenó don Abundio según entraba, sin mirarle siquiera.

—Pero si no he hecho nada –protestó Herminio, por pura rutina.

—Por eso mismo. Aquí siempre hay que hacer algo.

Otentote se pasaba las clases de gimnasia colgado de las espalderas. Don Abundio había renunciado a intentar que hiciera flexiones o saltase el caballo, de modo que lo mantenía apartado de clase, colgado como un jamón, desde hacía dos cursos.

—¡A cubrirse! ¡Ya! ¡Numerarse de a dos! ¡Ya! Numeros uno, un

paso a la derecha. Numeros dos, un paso a la izquierda... ¡Ya!

De repente, pasando por encima de las cabezas de los otros, don Abundio lanzó un torvo vistazo sobre Aurelio y comenzó a echar chispas.

—¡Mantecón! ¿Qué demonios haces ahí arriba? –chilló, mientras se abría paso hacia él con marciales ademanes–. ¡Bájate inmediatamente de ahí! ¡Ya!

—¿Yo? ¿De dónde?

Aurelio lanzó a sus compañeros una mirada desconcertada. Pero lo fue menos que la de don Abundio al llegar a su altura y comprobar que los pies de su alumno apoyaban directamente en el suelo.

Se escucharon risitas ahogadas mientras don Abundio enrojecía de contrariedad y de ira.

—Mantecón... –gruñó entre dientes–. Ay, Mantecón, Mantecón... Agáchate, Mantecón, agáchate, anda.

Aurelio obedeció y, de este modo, don Abundio, que medía metro sesenta y dos, pudo agarrarle cómodamente de la oreja.

—¿Qué clase de broma es esta, Mantecón?

—Ninguna, don Abundio... ¡Ay, ay!

El profesor, tras dejarle la oreja como un tomate, le propinó un capón a contrapelo.

—¡Más te vale! M´´as te vale, Mantecón, porque a mí no me gustan las bromas. Y si me entero de que esto es una broma... ¡Te meto tres días de calab...! Digo... ¡Tres ceros! ¡Tres! Uno detrás de otro, ¿me has oído?

—Sí, don Abundio.

—Y los demás, ¿de que os reís? ¡Firmes, ya! ¡A tierra, ya! ¡Diez

flexiones de brazos, ya! Un, os, un, os, un, os... ¡Adobes, un cero! ¡En pie! ¡Ya! ¡Cuentacuatro, diez veces! ¡Ya! Un, o, ep, aro, un o, ep, aro... ¡Mas deprisa! Un–o–ep–aro, un–o–ep–aro... ¡Villena, un cero! ¡Tierra supina! ¡Ya! Elevación de piernas a la vertical. ¡Ya! Quietos ahí... Aguantando... Aguantando... ¡Mimbela, dos ceros! ¿Alguien más quiere un cero? ¡Bajando hasta cuarenta y cinco grados, ya! Aguantando... Sin doblar las rodillas... ¡Que te veo hacer trampa, Fantoba! ¡Bajando despacio hasta dos dedos del suelo! Aguantar... Aguantar... Apoyar... ¡Ya!

Un resoplido colectivo siguió a la última orden del profesor.

—Oigo menos risitas ahora –comentó don Abundio con sarcasmo–. ¡A ver! Bas y Contreras, sacad el plinto. Los demás, en fila de a uno por orden alfabetico. ¡Ya!

Aurelio se echo a temblar. Durante dos cursos había pertenecido a lo que don Abundio llamaba «el pelotón de los inútiles», el grupo formado por aquellos alumnos incapaces de saltar el plinto y cuyos intentos por hacerlo provocaban la hilaridad del resto de la clase.

Tozudo como el solo, Aurelio había practicado por su cuenta hasta que, por fin, a mediados de este curso, había logrado dar sobre el aparato una voltereta medianamente aceptable. Verse fuera del «pelotón de los inútiles» le había hecho sentirse casi feliz. Pero, claro esta, semejante logro había sido conseguido con su tamaño anterior. Desde que esta mañana se despertara convertido en la version ampliada de sí mismo, Aurelio se sentía infinitamente torpe. Tenía una enorme dificultad para coordinar sus movimientos, especialmente los de esos brazos y piernas tan largos que ahora poseía. Hasta este momento había logrado disimularlo. Pero, desde luego, se sabía incapaz de saltar el plinto.

Don Abundio saco parsimoniosamente del bolsillo la odiosa libreta de tapas de hule en la que anotaba las calificaciones.

—Abadía... –cantó con su voz de trompeta.

Abadía tomo carrerilla y ejecuto la voltereta.

—Bien. Adobes...

Julian Adobes lanzo a la carrera sus setenta y cinco kilos y los estrelló contra el plinto, desmontándolo en cuatro piezas que terminaron repartidas por el suelo del polideportivo, entre el regocijo general.

—Cero, Adobes –anunció don Abundio sin inmutarse–. Otro cero. Tienes tantos, que ya no se dónde ponerlos.

Nuevas risas mientras se recomponía el aparato.

—Aquilue... Bien. Barandiaran... Bien. Bas...

Aurelio empezo a sudar. ¿Que hacer? ¿Y si le dijera a don Abundio que se encontraba mal?

—Ernicas... Bien. Fanlo... Cero. Fantoba...

¿Y si fingiese un desmayo fulminante?

—García Bustos... Bien. García Lombardía... Bien. García Samplon...

¿Y si saliese huyendo?

—Lopez Sanchez... Bien. Mainer... Cero. Mantecón...

¿Y si... ?

—¡Mantecón! –chilló don Abundio.

Aurelio abrió la boca como un pez. Y entonces sintió un terrible pinchazo en el culo. No tuvo que volverse para saber que era cosa de Marraco. Por una verdadera desgracia alfabética, era Marraco quien le seguía en la lista de clase. Siempre lo tenía detrás. Y siempre dispuesto a fastidiarle de una nueva forma.

—¡Uuuaaah...! –aulló Aurelio.

Y salió corriendo hacia el plinto.

A los cuatro pasos trastabilló y cayó al suelo dándose un morrón de considerables dimensiones y provocando una carcajada casi general.

Don Abundio se le acercó, dispuesto a anunciarle el número exacto de ceros que aquella inadmisible torpeza iba a suponerle.

Pero entonces Aurelio se puso en pie y, cegado de rabia y de vergüenza, prosiguió su carrera, llegó hasta el plinto, tomo impulso en el trampolín de madera y, tras hacer girar su cuerpo en el aire con un estilo que pocos le hubieran supuesto, se paso de largo el plinto propinándose una costalada antológica, un estacazo descomunal, un desmesurado talegazo contra el suelo, que hizo temblar la pista y a todos cuantos se encontraban sobre ella.

CUANDO RECOBRO EL CONOCIMIENTO, Aurelio se encontró tendido sobre el diván negro del despacho del padre Jacinto, el director. Precisamente fue el alzacuello del padre Jacinto lo primero que vio al abrir los ojos. Luego distinguió en un rincón a don Abundio, blanco como el papel, estrujando nerviosamente entre las manos su libretita de tapas de hule cuajada de ceros.

—¿Te encuentras bien, Aurelio?

—Sí... sí, creo que sí, señor director.

—¿Seguro ? ¿No te has roto ningún hueso?

Aurelio se palpó las piernas y los brazos.

—No. No, no, creo que no.

—Bien, menos mal –dijo el padre Jacinto.

A continuación se volvió hacia don Abundio.

—Ya puede usted regresar a su clase, don Abundio.

El profesor se cuadró militarmente.

—Siempre a sus órdenes, señor director. ¿Ordena alguna cosa mas, señor director?

—Que no, hombre, que no. Váyase de una vez.

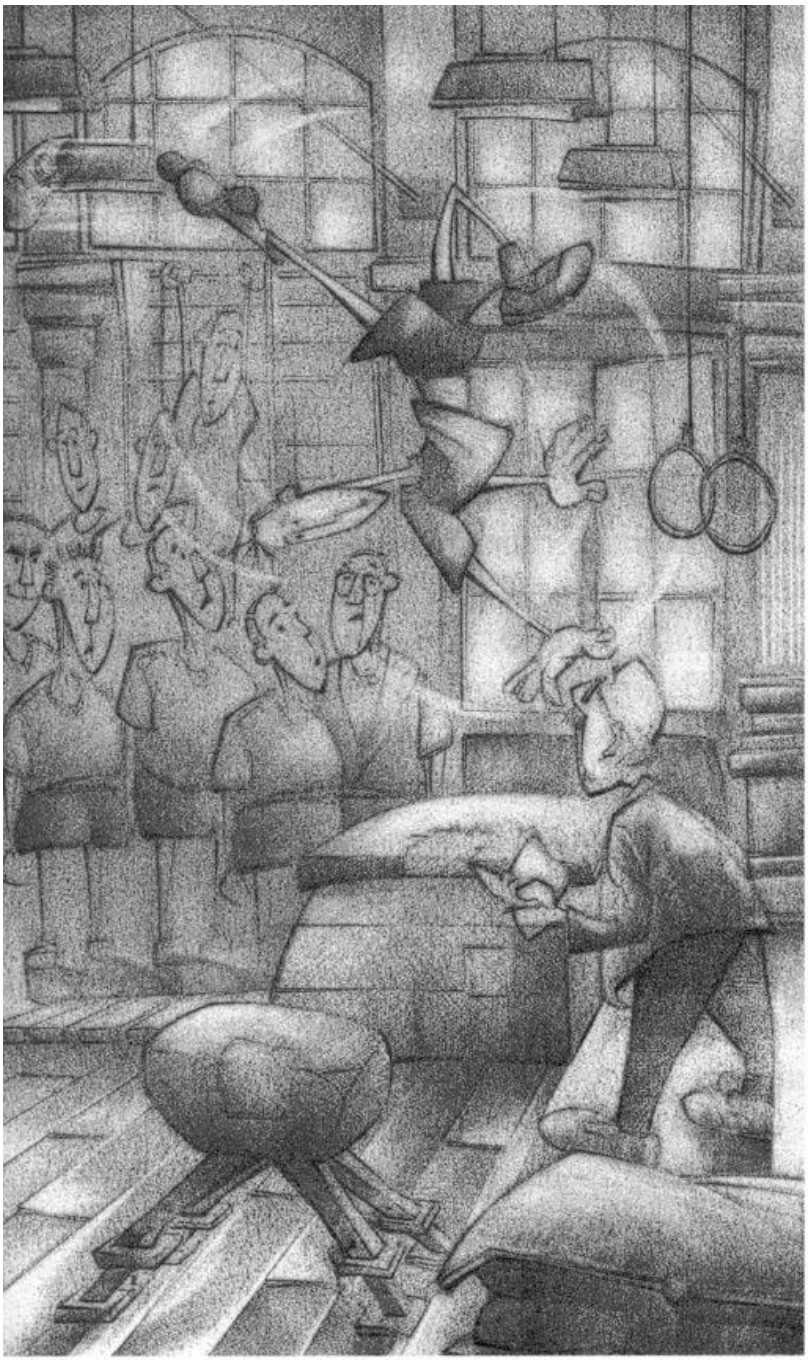
Don Abundio, tras un gesto dubitativo, mostró su intención de abalanzarse sobre la mano del padre Jacinto. Pero este le cortó con un enérgico ademán.

—¡Le he dicho mil veces que no intente besarme el anillo! ¡Que no soy el arzobispo, caramba!

—¡Ah! ¡Ah, sí! Digo no, claro... –rectifico don Abundio.

Antes de abandonar el despacho, aun se volvió hacia Aurelio, sonriente.

—Te he puesto un ocho en salto de plinto, Mantecón. Siempre he mantenido que lo importante no es la correcta ejecución del ejercicio, sino la intención y la buena predisposición para...



—Deje al chico, don Abundio. ¿No ve qué está aturdido?

—Sí, sí, señor director. Adiós, Mantecón. Que no sea nada.

Dio un taconazo y salió.

Por fin, quedaron solos Aurelio y el padre Jacinto.

—Sinceramente, Aurelio: cuando esta mañana tu padre me ha contado lo que te ocurría, he pensado que exageraba. Vamos, que la cosa no era para tanto. Y como don Eubulides tampoco me ha dicho nada... Claro, que don Eubulides casi no se entera de lo que sucede a su alrededor, ¿no crees?

—Sí...

El padre Jacinto dio una vuelta a su despacho sin dejar de mirar a Aurelio. Parecía que no acabase de creer lo que veían sus ojos.

—Verdaderamente, has crecido mucho.

—Treinta y cuatro centímetros y medio.

—Tanto, ¿eh? A tus compañeros les habrá extrañado.

—Pues... algo, sí.

—Incluso es posible que se hayan reído. O que te hayan gastado alguna broma.

Aurelio tragó saliva.

—No –dijo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

El director le miró largamente. Pero Aurelio le aguanto la mirada y no se desdijo.

—Para cualquier problema que tengas, ya sabes que puedes contar conmigo. Y con los demás profesores del colegio, por supuesto.

—Sí. Ya lo se, señor director. ¿Puedo irme ya?

5 Almacenes Modernos

L

OS Almacenes Modernos ostentaban un originalísimo eslogan: «Almacenes Modernos, los más modernos almacenes».

En realidad, no eran tan modernos, ni mucho menos. Con el mismo orgullo con que proclamaban su modernidad, exhibían junto a su entrada principal una placa recordando su inauguración en 1926. Desde entonces ni les habían dado una mano de pintura a los techos. Cada dos por tres, las escaleras mecánicas se detenían de improviso, provocando caídas y revolcones entre los clientes. Y los empleados llevaban fama de impertinentes y desagradables. Eso sí, tenían ropa de calidad a precios muy interesantes.

El señor Pincel, el encargado de la sección de tallas especiales, era un individuo algo siniestro, ido y delgadito, que lucía bigotillo recortado, gafas oscuras y el pelo peinado hacia atrás con fijador y brillantina.

—Muy buenas. ¿Deseaban... ?

—Ropa para el chico –dijo doña Matilde–. Pantalones, camisa, un jersey, ropa interior...

—Ya. Un completo, ¿no?

El señor Pincel se quito las gafas y se acerco a Aurelio, examinándolo atentamente de arriba abajo. A continuación, arrugó la nariz, exhibió una media sonrisa verdaderamente repugnante y preguntó:

—¿Del estilo de lo que lleva o, quizá, algo mas actual?

Doña Matilde trató de fulminarlo con la mirada, pero Pincel se parapetó de nuevo tras sus gafas ahumadas.

—Olvídese de lo que lleva ahora –dijo la señora de Mantecón–. Queremos ropa normal.

—Haremos... lo que se pueda –contestó el dependiente, pleno de irónicos reflejos.

Y dirigiéndose a un aprendiz que trataba de entablar conversación con la encargada de la sección de corbatas, le gritó, en voz lo bastante fuerte como para que se escuchase en toda la planta:

—¡Niñooo! Deja de pelar la pava con esa y trae un metro de los grandes, que hay que tomarle medidas a este fenómeno.

6 Problemas radioscópicos

L

A sala de espera del doctor Bálsamo se hallaba atestada, como siempre. Y cuando Aurelio y doña Matilde hicieron su entrada, se produjo un silencio tenso que, por fortuna, resulto breve. Dos minutos más tarde, cada cual había vuelto a ocuparse de sus propias dolencias.

Lo cierto es que, tras un día terrible –el mas terrible de su vida, seguramente–, Aurelio, de pronto, se sentía muchísimo mejor. Sería por volver a vestir como una persona normal y decente. O sería que la consulta del doctor Bálsamo ejercía de nuevo su beneficiosa influencia.

Solía ocurrirle. Por muy enfermo que se encontrase, le bastaba verse en aquella antesala para sentirse, en buena medida, aliviado de sus males.

También hoy estaba a gusto. Allí, sentado en la misma silla de otras veces; contemplando los extraños títulos y diplomas colgados de la pared; leyendo aquellos tebeos antiquísimos –Roberto Alcázar, El Coyote, El Guerrero del Antifaz...– que se sabía casi de memoria, mientras su madre ojeaba, en una atrasadísima revista, la crónica de la boda entre un tal Balduino de Belgica y una tal Fabiola de Mora y Aragón.

Sí. Se sentía bien. Quizá fuera por saber ya cercana la solución de su problema.

O tal vez era que todas aquellas pequeñas circunstancias le recordaban otros tiempos, más felices. Días de vacunas contra la

polio y la difteria; días lejanos, anteriores a la obligación de ir al colegio; días amables sin don Abundio ni don Eubulides, sin Marraco ni Parellada, sin Herminio Otentote en el asiento de al lado...

A LAS OCHO Y VEINTICINCO fueron recibidos por el doctor.

—Adelante, señora Mantecón. Pasa, Aurelito, muchacho... ¡Caramba! ¡Vaya estirón que has dado desde la ultima vez!

El doctor Bálsamo era un hombre ya mayor, canoso, de carácter afable y una verdadera eminencia en lo suyo. Aunque nadie sabía a ciencia cierta que era «lo suyo»; ni siquiera el mismo. En ocasiones hablaba de un modo extraño, como si plantease adivinanzas. Otras veces, conversaba consigo mismo. Pero, al fin y al cabo, ¿qué persona en sus cabales no lo hace de cuando en cuando?

—Es lo que le he dicho esta mañana por teléfono, doctor –explicó doña Matilde, con tono preocupado–. De repente, ha crecido una barbaridad y fíjese lo delgadito que se me ha quedado.

—En efecto –confirmo el medico–, esta ligeramente escuálido, el mozalbete. Empero, a su edad es frecuente ganar altura con rapidez. Y no hay que olvidar que su padre de usted, señora, era un hombre de elevada estatura.

El doctor Bálsamo fijó la vista en un rincón de la estancia, como si realmente pudiera ver allí al abuelo Constantino.

—Qué gran hombre... –musito el galeno–. Qué gran jugador de mus. O de dominó, no recuerdo bien...

Doña Matilde vaciló. Inconscientemente, bajó el tono de su voz.

—Pero, doctor... El problema, creo yo, es que Aurelio no ha crecido deprisa. Ha crecido... ¡de golpe!

—Ya... ¿Y que entiende usted por «¡de golpe!», querida señora?

—Treinta y cuatro centímetros y medio en una noche.

Bálsamo dejo caer levemente la mandíbula.

—¿En serio? Eso es algo... fascinante, en verdad.

—Lo he medido con mi regla, doctor –afirmó Aurelio–. Tres veces. No hay error posible.

Bálsamo sonrió y le guiñó un ojo.

—Así me gusta. Que apliques el método científico. Desde luego, eso supone una sintomatología inesperada. De modo que, amigo mío, vamos a echar un vistazo a tus parámetros.

—Mis ¿qué?

Los parámetros de Aurelio resultaron ser: metro ochenta y dos de estatura y cuarenta y seis kilos de peso.

—Mira, mamá: he engordado dos kilos.

—No me extraña, hijo. Hoy te has puesto morado de comer, esa es la verdad.

El doctor Bálsamo había sacado una tabla de pesos y estaturas y trataba de situar en ella a Aurelio, en función de su edad. Pero cuando comprobó que su posición estaría fuera de la hoja, aproximadamente encima del pisapapeles de lapislázuli, la arrojó a la papelera con una mueca despectiva.

—Estos alemanes... –murmuró–. Los coches, hay que reconocer que les salen bien. Pero estas tablas no tienen ni pies ni cabeza. Sin embargo, no se puede negar que te has apartado un tanto de la mediana idónea, amigo Aurelio.

—Y eso, doctor, ¿por qué? –preguntó doña Matilde.

—Porque existe una disfunción, señora mía –respondió Bálsamo, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—Ah. Y eso ¿es grave?

—No lo creo. Pero trataremos de averiguarlo usando la compleja y moderna técnica de la radioscopia. O sea: que vamos a pasar al chico por la pantalla.

A Aurelio le fascinaba la maquina de rayos X. Y aun más, los preparativos a que debía someterse el doctor Bálsamo antes de utilizarla. Se escondía tras un pequeño biombo blanco y de ahí salía convertido en una especie de guerrero medieval, forrado de plomo de los pies a la cabeza.

Era como ir al cine a ver Ivanhoe.

El examen radioscopio fue largo y minucioso. Y más que lo hubiera sido, de no ser por la intervención de doña Matilde.

—Doctor, no me tenga al chico tanto tiempo detrás de la pantalla, que después de la ultima sesión le brillaban los ojos en la oscuridad, ¿recuerda?

—Ah, sí... –reconoció Bálsamo–. Algún efecto secundario de la radioscopia. Pese a sus muchas cualidades es, sin duda, un sistema susceptible de perfeccionamiento.

Mientras Aurelio se vestía de nuevo, el doctor Bálsamo fue despojándose de su atuendo de plomo. Ambos terminaron casi al mismo tiempo.

—¿Y bien? –preguntó doña Matilde.

—Todo esta en orden –respondió Bálsamo evasivamente.

—Pero, doctor... ¿Cuándo volveré a ser el de antes? –quiso saber Aurelio.

—Calma, Aurelio, calma... –fue la respuesta–. Desde que has entrado a esta consulta te has convertido en mi paciente, ¿no? ¿Y que significa paciente?

—Pues...

—¡El que tiene paciencia! Así pues, paciencia, Aurelio, paciencia.

Bálsamo tomó asiento de nuevo tras su mesa y cogió el bloc de recetas.

—Bueno, bueno... Veamos... Mañana vas a hacerte un análisis de sangre y otro de orina. Y otro, de heces. Y de esputos, también. ¡Ejem...! Bueno, de esputos no, que es una asquerosidad. Y que te hagan estas pruebas. Y estas otras. Y estas.

Termino Bálsamo de escribir y firmó, con su rubrica gótica y algo ostentosa. Luego se volvió hacia la madre de Aurelio.

—En cuanto tenga los resultados, vuelva con ellos.

—Bien, doctor; pero ¿se curará?

Bálsamo rió encantadoramente.

—Sí, mujer. Pierda cuidado. Estas cosas son como los catarros: que resultan molestas, sí; pero no son graves, salvo complicaciones.

Cuando Aurelio y su madre hubieron salido, el doctor Bálsamo, con gesto preocupado, se dejo caer en su magnífico sillón reclinable, comprado de segunda mano en la base americana.

Estaba desconcertado. Desconcertado e intrigadísimo, a un tiempo. Despidió al resto de sus pacientes. Luego, recorrió el pasillo de la casa un par de veces arriba y abajo, manos a la espalda y tarareando España, de Chabrier. Con los ultimos compases de la rapsodia, se introdujo en su magnífica biblioteca.

7 Asociación de ideas

E

STO nos va a costar un dineral –dijo el padre de Aurelio leyendo la interminable lista de pruebas y análisis decretados por Bálsamo.

—Es por la salud del chico, Matías.

—Ya, ya lo se. Pero nos va a costar un dineral. ¿Y te has fijado cómo come? Si sigue así mucho tiempo, nos va a llevar a la ruina. A la ruina, nos va a llevar...

—Quizá... quizá tendrías que ir pensando en pedir un préstamo.

—Matilde, por favor, los prestamos se piden para cosas importantes. Por ejemplo, para comprar un Seiscientos. ¿Con qué cara voy a pedirle al director de mi sucursal un préstamo para dar de comer a mi hijo? ¡A ver!

—¡Así se darán cuenta de que te pagan una miseria! Ademas,no es solo la comida. Van a venir otros gastos. Hay que renovar completo el vestuario de Aurelio. Y comprarle otra cama, que en la de ahora no cabe ni con calzador...

Don Matías carraspeó largo y tendido.

—Bueno, bueno, cada cosa a su tiempo. Aún puede encoger, ¿no?

DOS HORAS MÁS TARDE, parecía como si un ciclón tropical hubiera atravesado la biblioteca del doctor Bálsamo. Casi un centenar de volúmenes estaban diseminados por todos los rincones,

por la mesa, los butacones de orejas y el mismísimo suelo.

Bálsamo cerró con fuerza el diccionario de términos médicos del doctor E. Dabout (segunda edición, corregida y notablemente ampliada), provocando una apreciable nubecilla de polvo.

Nada. La extraña dolencia de Aurelio Mantecón no aparecía descrita en tratado alguno. Y sin embargo...

Como siempre que se enfrentaba a un problema de difícil solución, el doctor Bálsamo optó por coger de la vitrina del comedor su viejo violín y arrancarle algunas notas. Así, paseó entre los libros abiertos, que eran como gaviotas a punto de iniciar el vuelo, interpretando a Stravinsky con ese estilo suyo tan peculiar que lo hacía irreconocible.

Al terminar, se rascó la punta de la nariz con el arco del violín. En ese instante, sintió el primer destello.

Bálsamo se puso tenso. Durante un momento había visto la luz, había intuido la solución; pero la había perdido. Trató de repetir sus ultimos gestos. Interpretó las ultimas frases musicales de Stravinsky. Se rascó de nuevo la nariz. ¡Otra vez! ¡Allí estaba!

Le ocurría con alguna frecuencia. La mente le jugaba curiosas pasadas. Eran asociaciones de ideas tan sutiles como una telaraña.

SE ACARICIÓ LA NARIZ lentamente y un indescriptible cosquilleo le puso la carne de gallina. No había duda: estaba en el buen camino. La resolución del problema tenía que ver con su nariz. O con cualquier nariz, quizá.

Bálsamo trate de controlar su excitación.

—Vamos a ver –dijo en voz alta y ansiosa–. Nariz. Nariz. ¿Quéme sugiere nariz? Veamos... Fosas nasales, pituitaria... mocos... No, no es eso, no; tabique nasal, cartílago...

Tampoco. Aquello no funcionaba. No tenía sentido y estaba perdiendo el hilo. Tal vez yendo más al fondo... Echó mano de sus casi olvidados conocimientos de anatomía. Los huesos de la cara.

¡Eso es! El unguis... No, no. Los específicos de la nariz. El... etmoides, el esfenoides, el vómer, el...

Quedó inmóvil. Conteniendo incluso la respiración. El Vómer. El vómer, sí. De las mas remotas profundidades de su memoria había salido algo a flote. Ahora estaba seguro de haber tenido conocimiento, en algún instante de su dilatada carrera profesional de, al menos, otro caso como el de Aurelio. Pero ¿cuándo? ¿Dónde? Solo sabía que, por alguna razón, tenía algo que ver con ese pequeño huesecillo de la nariz. El Vómer.

AURELIO CENÓ COMO CUATRO leñadores hambrientos y luego se fue a la cama. Estaba rendido. Había sido un día agotador. Mañana le esperaba otra extraña jornada. Le tomarían toda clase de muestras y luego harían con ellas cultivos, análisis y Dios sabe cuantas cosas más. Quizá se sintiese como un cobaya. Pero, al menos, no tendría que ir al colegio.

Respiró aliviado. Era como una tregua maravillosa en lo peor de la batalla.

Se preguntó como haría Otentote para soportar aquel suplicio día tras día, mes tras mes, curso tras curso. Nunca habría sospechado que fuese algo tan terrible. Viendo a Otentote, siempre sonriente, uno podía llegar a pensar que no le importaba que sus compañeros se metieran con él de continuo, ni ser objeto de todas sus gamberradas. Pero eso era imposible. Ahora, Aurelio lo sabía bien. Y hasta se avergonzó de haber contribuido a las burlas.

«Otentote, grandullon, pariente de King Kong», había inventado en cierta ocasion. Y todos se rieron mucho con su ocurrencia. Incluso el propio Otentote.

—Un buen tipo, Otentote. Nunca lo habría imaginado –murmuró, casi sin darse cuenta, justo antes de quedarse dormido.

Segunda parte

LOS DÍAS SIGUIENTES

8 De juerga

A

LAS siete y cuarto de la mañana sonó el teléfono en casa de los Mantecón. Acudió doña Matilde, con el corazón rebrincado.

—¿Diga?

—¿Señora de Mantecón? –preguntó una voz cavernosa, al otro extremo del hilo.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—No se asuste, doña Matilde. Soy el doctor Bálsamo.

—Pero doctor... ¿Qué le sucede? ¿Se encuentra mal? ¿Quiere que avise a un médico?

—No. No me ocurre nada. Es solo que he pasado la noche en blanco.

—¡Ah! Se ha ido usted de juerga. Así se explica...

—Por favor –corto Bálsamo–, corra a medir de nuevo a su hijo.

— ¿Qué? No. No me...

—Haga lo que le digo.

Mientras esperaba la respuesta, el doctor Bálsamo bebió un largo trago de su taza de té recién hecho. Luego, bostezó como un hipopótamo adulto. Al poco, escuchó un grito lejano y, enseguida, pasos que se acercaban al auricular.

—¡Doctor! ¡Oh, doctor, sigue creciendo! ¡Mide dos centímetros mas que ayer!

—¿Está segura?

—¡Claro que lo estoy! ¡Pobre niño mío!

—Bien –susurró Bálsamo–. Los síntomas son claros; todo concuerda. Señora Mantecón, no se preocupe. Es muy probable que Aurelio crezca todavía unos milímetros más en las próximas horas. Pero luego se detendrá definitivamente. Ya sé lo que le sucede a su hijo.

—¿Y qué es, doctor?

—No es preciso que le haga las pruebas ni los análisis que le prescribí ayer. Todo esta bajo control, se lo aseguro. Pasen de nuevo esta tarde por mi consulta. ¿A las siete y media les va bien? Ahora, si me disculpa, me voy a la cama. Estoy reventado.

—¿Qué le pasa a Aurelio, doctor? ¿Qué tiene? ¡Oiga! ¡Doctor Bálsamo!

Pero Bálsamo había colgado el teléfono, dejando a doña Matilde mas confusa que un jeroglífico de don Pedro Ocon de Oro.

9 El hombre de la DKW

—C

OCHINO traidor... –mascullaba Aurelio una y otra vez, de camino al colegio.

El viejo matasanos se la había jugado a base de bien. Le había engañado como a un bobo. Ayer mucha prueba, mucho análisis y mucha rinoscopia o como se llame. Y hoy, llamadita telefónica y ¡al colegio! Esto había sido un golpe bajo. Una puñalada trapera. Pero se acabó. A partir de este momento, Bálsamo no obtendría de el ni la más leve colaboración. Si le pedía que abriera la boca, se negaría en redondo. Si le pedía que dijera treinta y tres, diría ochenta y cinco. Si le pedía que tosiera, se aguantaría la tos.

—Cochino traidor... –volvió a murmurar, ya con el colegio a la vista.

Al menos, ya no iba disfrazado de oficinista viudo de principios de siglo. Pero Aurelio sabía que su nueva indumentaria no era suficiente para garantizarle la tranquilidad. Estuvo seguro de ello cuando allá, junto a la puerta de entrada, distinguió las tétricas siluetas de Marraco y Parellada. Le estaban esperando, los muy asquerosos. Aurelio acortó el paso, tratando de retrasar lo inevitable.

—¡Eh, Mantecón! –escuchó entonces.

Era Otentote, oculto tras la siguiente esquina. Le hacía señas para que se acercase disimuladamente. Por alguna razón, Aurelio obedeció.

—¿Qué quieres?

—¿Yo? Nada –respondió Otentote en tono misterioso–. Pero he visto en la puerta a esas dos bestias pardas de Marraco y Parellada. Y he pensado que quizá prefieras no encontrarte con ellos.

Aurelio frunció el ceño, intrigado. Empezó a recordar que Otentote siempre aparecía en clase de la manera mas insospechada. Nunca se le veía fuera, esperando que abriesen la puerta. Pero tampoco llegaba nunca tarde.

—Tengo un camino secreto –aclaró en voz baja–. Nadie lo conoce. Pero a ti te lo puedo contar. Al fin y al cabo, eres mi compañero de pupitre. ¿Te interesa?

—Hombre...

Corrieron ambos por la calle del cura Boggiero hasta la parte trasera del colegio y allí se agazaparon en un portal cercano.

—¿Por ahí? –preguntó Aurelio señalando una pequeña puerta de madera.

—Sí. Es la entrada a las cocinas.

—Pero está cerrada.

—Tranquilo. Ahora verás...

Al cabo de un minuto, se acercó desde el fondo de la calle una furgoneta DKW, de esas con los faros como ojos de besugo y que tantísima gracia le hacían a Aurelio.

«Panificadora La Eléctrica», ponía en un lateral.

Se detuvo allí mismo. El conductor bajó, se cargó a la espalda una tremenda banasta llena de barras de pan recién hecho y llamó a la puerta. Enseguida le abrieron y entró.

—¡Vamos! –ordenó Otentote.

Se colaron como dos flechas. Aurelio iba muerto de miedo, esa es la

verdad. Si alguien los descubría, se les podía caer el pelo. Vieron como el hombre de la DKW dejaba el pan en un rincón de la cocina y se llevaba la canasta vacía del día anterior. Afortunadamente, no les prestó ni la menor atención.

Pero su suerte no podía durar. Y, al pasar junto a la entrada de la despensa, se toparon de manos a boca nada menos que con Josechu, el cocinero. ¡Estaban perdidos!

JOSECHU ERA ENORMEMENTE GORDO. Otentote, a su lado, parecía un alfeñique. Y la comparación entre Josechu y Aurelio resultaba, simplemente, imposible.

Josechu era vasco, de Zarauz, y tenía un apellido impronunciable. Hablaba con acento de su tierra y decía «pues» y «o así» cada dos por tres y sin venir a cuento.

Lo mas importante de Josechu, al decir de internos y mediopensionistas, era que cocinaba como los mismísimos ángeles.

—¡Vaya, vaya, vaya! –bramó el cocinero al verlos–. ¡Lo que tenemos aquí!

Aurelio ni siquiera oyó sus palabras. Solo tenía ojos para el enorme cuchillo de cocina que Josechu llevaba en la mano. Jamás pensó que su vida sería tan corta. Cerró los ojos y espero su fin.

—Hola, Josechu –dijo entonces Otentote, como si tal cosa.

—Hola, Herminio –contestó el cocinero pasando de largo–. ¿Quién es este?

Otentote pasó el brazo por los hombros de Aurelio.

—Es mi nuevo compañero de pupitre. Se llama Mantecón. Aurelio Mantecón.

—¿Y por qué esta tan delgado, pues? ¿Es que no come?

—No es nada. Que ha dado el estirón y se ha quedado un poco chupado –respondió Otentote.

Josechu se acerco a Aurelio y le lanzo un escrutador vistazo.

—Lo que yo te diga: tu amigo no come como es debido. ¡A ver, chico! ¿Dónde esta tu almuerzo?

Aurelio abrió la cartera y saco el bocadillo que le había preparado su madre. Josechu se lo arrebato despectivamente.

—¡Me lo figuraba! ¡Mortadela de la barata! ¡Esto es plástico para hacer cortinas o así! A la hora del recreo, os pasáis por aquí y le daremos a tu amigo de almorzar como Dios manda.

—De acuerdo, Josechu –respondió Otentote, empujando al atónito Aurelio.

—Hasta luego, pues.

SALIERON AL PASILLO de Tercero Elemental por una puerta que nunca se utilizaba y se incorporaron a su clase en un pispás, ante las miradas sorprendidas y rabiosas de Marraco y Parellada.

Esa mañana, Aurelio le prestó a Otentote hasta sus pinturas Caran D'Ache.

—EL MOMENTO MÁS PELIGROSO del día es el recreo –explicó Otentote mientras se zampaba una croqueta–. Cualquier argucia es buena con tal de no caer en las manos de desaprensivos como Marraco y Parellada.

—Desde luego –corroboró Aurelio con la boca llena, recordando su experiencia del día anterior.

—Hay que ir alternando las estrategias, para no levantar sospechas. Un día, quedarse en clase castigado. Al siguiente, con Josechu en la cocina. Al otro, echándole una mano a Florencio.

—Florencio es el jardinero, ¿no?

—Eso es. Y Marraco y Parellada, rabiando.

—Ya, ya...

—¿Qué tal esta eso, pues? –pregunto Josechu, pasando junto a ellos con una enorme perola de estofado–. Mejor que la mortadela. ¿A que sí?

Aurelio tragoó con apuros la cucharada que acababa de llevarse a la boca.

—De cine, Josechu. En serio, buenísimo.

Luego, se volvió hacia Otentote.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba esto tan rico?

—Marmitako.

10 El síndrome de Vómer

E

L doctor Bálsamo exhibía una sonrisa un tanto idiota cuando Aurelio y su madre entraron esa tarde en su consulta.

—Ha sido una investigación apasionante –comienzó diciendo Bálsamo, excitadísimo–. Uno de los más interesantes casos de mi carrera. Siempre soñé con algo así. Quizá yo tenía que haber sido investigador privado, como Humphrey Bogart. Por cierto, ¿saben ustedes que estoy suscrito a dieciséis revistas médicas de todo el mundo? Las hay mensuales, bimensuales, bimestrales, trimestrales, anuales, les y bianuales, o sea, semestrales. Mi santa esposa, que en paz descanse, me tildaba de maniático por guardar todas esas revistas y publicaciones medicas. Hoy habría podido decirle: ¿Lo ves, Carmen? ¿Lo ves?

Doña Matilde y su hijo se miraron, algo mas desconcertados que de costumbre, incluso.

—Una gran mujer, su esposa –dijo doña Matilde, por decir algo.

—No crea –fue la respuesta de Bálsamo–. Era una bruja. En cuanto me descuidaba, me tiraba las revistas al cubo de la basura.

El doctor se detuvo tan solo el tiempo necesario para coger aliento. Luego, prosiguió como si le hubiesen dado cuerda.

—Llego un momento en que estaba seguro de que la respuesta se encontraba aquí, en mi propia casa, en mi biblioteca, en alguna de esas cuatro mil y pico revistas que he ido guardando a lo largo de mis cuarenta y tres años de ejercicio profesional.

Se había levantado de su sillón y paseaba por la sala gesticulando comedidamente, como si estuviera dando una lección magistral en la Universidad de La Sorbona.

—Era como buscar una aguja en un pajar. Un empeño casi imposible. Empero, no perdí los nervios. El encéfalo humano es una prodigiosa máquina, ¿no creen? Y poco a poco, mi intuición me fue conduciendo hasta la anhelada meta.

De pronto, se dirigió hacia una mesita auxiliar y recogió un grueso volumen negro depositado sobre ella.

—La perseverancia siempre halla recompensa en España –dictaminó–. Toma nota de esto, Aurelio. Han sido muchas horas. ¡Muchas! Pero aquí esta el resultado. Lee, hijo mío. Léelo tu mismo.

Planto Bálsamo ante los ojos de Aurelio el polvoriento libro, abierto por una de sus paginas, y señaló, con ademán tembloroso por la emoción, un artículo escrito a doble columna y cuyo encabezamiento rezaba:

Descripqao dum estranho sindrome de crecimento rápido e desmesurado num garotinho de nove anos da cidade do Porto.

Por Joaio Vómer, da Universidade de Lisboa

Janeiro de 1944

—Ahí lo tienes. El síndrome de Vómer.

—Ya, ya veo...

—¿No es prodigioso? Se ha descrito tan solo un caso en la historia de la medicina... ¡y estaba en una de mis revistas! ¡Ja! Daría algo bueno por ver la cara de mi difunta Carmen, a quien Dios guarde a

buen recaudo en su gloria.

Aurelio y su madre cruzaron una nueva mirada. Ambos rezumaban impaciencia.

—Bien, doctor –dijo, al fin, doña Matilde–. Ya sabemos lo que le ocurre al chico; pero ahora, díganos: ¿tiene cura?

Bálsamo reclinó con ímpetu su sillón americano hasta golpearse la nuca contra el tabique.

Chasco la lengua, con disgusto, mientras se frotaba el dolorido occipital.

—Sinceramente, eso me gustaría saber a mí –respondió.

—¿Cómo dice?

—Digo que entre mis tratados, manuales y enciclopedias no he encontrado ni la mas sucinta referencia al síndrome de Vómer. Nadie parece haber investigado sobre el en estos ultimos veintitrés años. Sin embargo, pediré información a otros colegas. Consultaré en la biblioteca de la Facultad de Medicina. Escribiré a la dirección de las dieciséis publicaciones a que estoy suscrito... Y en cuanto sepa algo, se lo comunicaré.

—Y eso ¿cuándo será?

—Pronto, Aurelio. Muy pronto.

—Es que... me corre cierta prisa recuperar mi anterior estatura, ¿sabe?

El doctor Bálsamo, sonriente, alzo el índice diestro.

—Querido Aurelio, no olvides nunca que la prisa es la principal enemiga de todos los... de todo el... del... ¡ejem! Vaya, ahora no lo recuerdo. Lo que esta claro es que la prisa no es nada conveniente, desde luego. ¿O era la pereza...?

Doña Matilde se levanto de la silla con expresión disgustada.

—Bien, doctor. Si eso es todo lo que puede decirnos por ahora, nos vamos. Espero que en nuestra próxima visita pueda ser más explícito. Buenas tardes.

Y salió pasillo adelante, arrastrando a su hijo de la muñeca.

Bálsamo abrió la boca mientras contemplaba, consternado e impotente, la apresurada marcha de su paciente. Tras escuchar el portazo de salida, se encogió de hombros, se dirigió a la vitrina del comedor, saco su violín y comenzó a interpretar a Rimsky–Korsakov consiguiendo que pareciera Manuel de Falla.

—En esta tesitura me gustaría ver a mí al doctor Marañón –rezongó para sí, entre un fa bemol y un fa natural.

ESA NOCHE, FUE MUCHO PEOR.

A la hora de acostarse, Aurelio se sentía infinitamente más confuso y muchísimo menos cansado que el día anterior. Y eso, claro, reducía en gran medida sus posibilidades de conciliar el sueño.

A las once y media seguía dando vueltas en la cama y, pese a que había cenado como un emperador romano, las tripas le empezaron ya a lanzar rugidos dignos del león de la Metro.

Se levantó y fue a la cocina dispuesto a desvalijar la nevera; pero, a excepción de media tarta de chocolate, no encontró nada apetitoso que llevarse a la boca y tuvo que conformarse con eso y con las sobras del estofado del mediodía. De re–postre, dos danones con mucho azúcar.

Precisamente estaba empezando el segundo yogur cuando apareció su madre, en camisón y con unos ojos como alcachofas, y se sentó a su lado.

—¿Qué haces, Aurelio? ¿No podías dormir?

—No. Tenía un hambre...

Doña Matilde esperó pacientemente a que su hijo terminase el yogur, lavó los dos tarritos de cristal y los dejo junto al resto de los envases para devolver.

—Oye, Aurelio...

—¿Sí?

—Estaba pensando que... que a mí no me importa que seas alto. Todo lo contrario, vaya. Tu abuelo Constantino era tremendo, ya sabes. Y aunque tu padre refunfuñe porque tengamos que comprarte todo nuevo, quizá no merezca la pena que te pongas en tratamiento...

Aurelio detuvo a su madre con un gesto.

—Pues claro que merece la pena, mama. Ser un gigante tiene muchos problemas, de veras. Tu no lo puedes entender porque eres normal, tirando a bajita; pero yo quiero que el doctor Bálsamo me devuelva a mi tamaño anterior. Lo hará, ¿verdad? Aunque hoy lo hayamos dejado con la palabra en la boca, me curará.

Doña Matilde sonrió, un tanto azorada.

—Claro, hijo. No te preocupes.

Le acompañe a la cama y trato inútilmente de arroparlo.

—Encógete un poco más, Aurelio, que la sabana ya no da de sí.

Al fin, lo dejo por imposible, le estampo un beso en la frente y apagó la luz. Cuando iba a salir del cuarto, la detuvo de nuevo la voz de su hijo.

—Y eso que ahora tengo un amigo –dijo Aurelio, en un susurro.

—Oh... No me lo habías contado. ¿Así que tienes un amigo nuevo?

—Un amigo nuevo no, mama. Un amigo, a secas.

11 Islas Canarias, islas Canarias...

A

L día siguiente, tras comprobar que, efectivamente, su estatura había aumentado todavía dos o tres milímetros, desayunó con su actual apetito y salió hacia el colegio.

Herminio Otentote le estaba esperando de nuevo en la esquina de la calle Boggiero para utilizar el camino secreto de las cocinas. Así lo hicieron, actuando con aun mayor limpieza y seguridad que el día anterior, si cabe.

—Hola, chicos.

—Hola, Josechu –saludó Aurelio, con un total dominio de la situación–. ¿Qué tendremos hoy para comer?

—Albondigas de bacalao, más ricas que ricas.

—Para chuparse los dedos, seguro.

—O así.

Ya en clase, sin embargo, la jornada comenzó mal. Don Eubulides se mostró tremendamente picajoso, quizá debido a que le tocaba hablar de las islas Canarias, cosa que, por alguna oscura razón, siempre lo ponía de mal humor.

—Se cree que los guanches, los primitivos habitantes de las islas afortunadas, eran altos, corpulentos y rubios; y que procedían del mismo tronco que el hombre de Cromagnon –explicó el profesor–. De manera que tendrían aproximadamente el aspecto de... A ver,

señor Otentote, pongase de pie.

La clase entera, como un solo hombre, dirigió la mirada hacia el pupitre de la última fila. Herminio se incorporó, luciendo una sonrisa incrédula y defensiva.

—Imaginen a su compañero corriendo por las cañadas del Teide ataviado con un taparrabos y tendrán una idea muy aproximada de la configuración morfológica del guanche medio: fuerte complexión, miembros robustos, cabeza grande y braquicéfala...

Todos estaban partidos de risa. Solo Aurelio permaneció serio viendo como, a pesar de su sonrisa, Herminio apretaba el puño derecho hasta que los nudillos se le quedaron blancos. Estaba seguro de que si don Eubulides se ponía a su alcance, le arrancaría la cabeza de un solo puñetazo.

Por suerte para todos, el maestro guarde las distancias.

Parecía que la hora del recreo no iba a llegar nunca. Y cuando, al fin, sonó la campana que indicaba la interrupción de las clases, Aurelio y Otentote tuvieron que usar de toda su habilidad para escabullirse. Lo lograron por los pelos, cuando ya Ernicas había inventado un pareado que decía:

Otentote y Mantecón,

los guanches de Cromagnon.

Pasaron aquella media hora ayudando a Severiano, el chispas, a cambiar tubos fluorescentes por los pasillos de parvulitos.

Para entonces, Herminio Otentote era ya una constante fuente de asombro para Aurelio. Conocía a todo el mundo. Le saludaban las señoras de la limpieza y los ayudantes de Josechu; el jardinero y el repartidor de las gaseosas Konga, y hasta los encargados de la calefacción: dos tipos la mar de siniestros, que acudían al colegio tres veces al día para vigilar la marcha de las calderas y echarles

carbón. Pues bien, incluso ellos hablaban con Otentote y este les palmeaba los hombros y les preguntaba por sus familias, como hacen los adultos.

Aurelio estaba cada vez mas impresionado.

12 Autocares Otentote

A

L día siguiente, sucedió algo inesperado.

—Oye, dice mi madre que si quieres venir esta tarde a merendar a casa.

Aurelio tragó saliva.

Su primera reacción fue decir no. Rotundamente, no. Pero su escasa experiencia en este tipo de asuntos le llevó a ser prudente. Jamás le habían invitado a merendar así, porque sí. Como mucho, recordaba haber asistido a algún cumpleaños, junto a otros compañeros. Y aun eso, debió de ser siglos atrás, cuando era un pequeñarra.

Algo en su interior le dijo que conviene decir sí a los amigos todo lo frecuentemente que sea posible. Especialmente, cuando uno anda escaso de ellos.

—Pues... bueno, sí.

—¡Estupendo! –exclamó Otentote–. ¡Verás las meriendas que prepara mi madre!

LO PRIMERO QUE SORPRENDIÓ a Aurelio de la casa de los Otentote fue precisamente eso: que se trataba de una casa. No era un piso de ochenta metros útiles situado en un edificio de once alturas, sino una casa de dos plantas, con su poquito de jardín y una cochera en la parte de atrás, donde el señor Otentote, don

Hernando, guardaba su herramienta de trabajo, un precioso autobús Pegaso pintado de verde y blanco.

—¡Hola, mami! –saludó Herminio–. ¡Este es mi amigo Aurelio!

—¿Qué tal estás, Aurelio?

—Bien. ¿Y usted?

—Bien, bien. Tenía muchas ganas de conocerte. Herminio nos ha hablado mucho de ti.

Doña Hortensia era una mujer grande y sonriente, como su hijo.

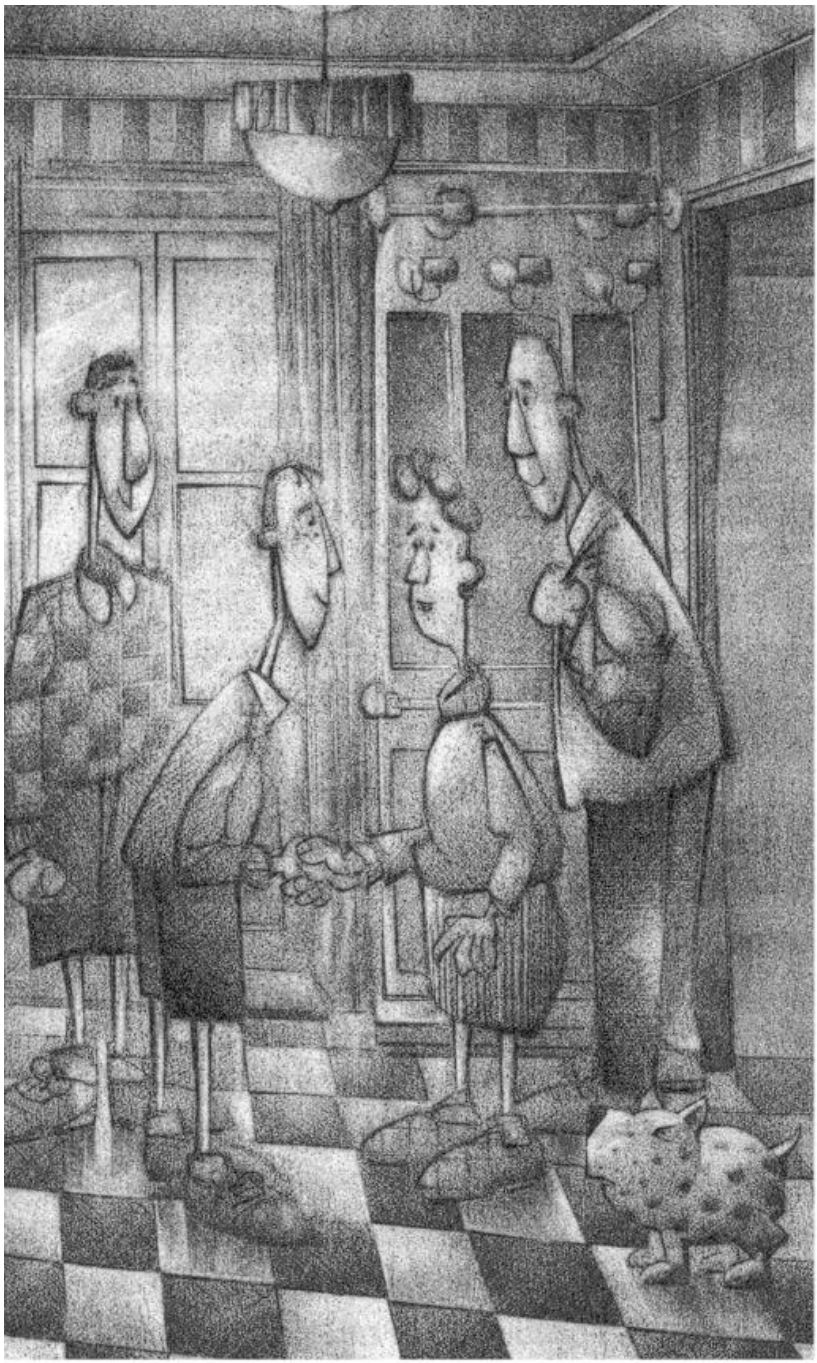
—Lavaos las manos y os daré de merendar. ¿Te gusta el jamón serrano, Aurelio?

—¡Ya lo creo!

Doña Hortensia preparaba unos bocadillos descomunales, auténticos. A Aurelio le hicieron chiribitas los ojos al ver el suyo.

—¡Esta imponente! –dijo, en un arrebato de espontaneidad, tras hincarle el diente.

Herminio llevó a Aurelio a su cuarto y le enseñó algunos de sus juguetes. Tenía una estupenda colección de coches que funcionaban con cuerda y un taller de El pequeño ebanista completísimo; hasta con serrucho de costilla y madera de ingletear.



Pero lo mejor era un tren eléctrico Paya de escala HO con dos coches de viajeros, coche correo, furgón de cola y la locomotora más chula que Aurelio había visto en su vida. Montaron en un momento un gran círculo de vías y el tren empezó a dar vueltas y vueltas. Adelante, atrás, adelante...

Aurelio habría querido pasarse horas y horas jugando con aquel tren.

Pero no pudo ser porque, de pronto, escucharon un bocinazo que hizo temblar las paredes.

—¿Qué es eso? –gritó Aurelio, asustadísimo.

—¡Es papá! –contestó Herminio, saliendo a la calle a todo correr.

En efecto, el autobús número 1 de Autocares Otentote se disponía a realizar la maniobra de aparcamiento en la cochera. De vez en cuando, don Hernando hacía sonar la bocina y luego se reía a carcajadas. Con él venía Elisa, la hermana de Herminio, a la que su padre recogía a la salida del colegio todas las tardes.

—¿Es ese? –preguntó Elisa a su padre señalando a Aurelio.

—Sí, claro –respondió don Hernando–. Ese tiene que ser.

Cuando la familia se vio reunida, cruzaron entre todos besos y sonrisas. Fue la primera vez que Aurelio pudo ver a los Otentote al completo; y era un verdadero espectáculo.

Al lado de su madre, Herminio parecía justamente eso: su hijo pequeño. Elisa era dos años mayor que su hermano y tan alta y grande como el. Y el señor Otentote también era enorme. Aunque no estaba gordo, sí era altísimo, tenía los brazos como Popeye el marino, una voz grave y estentórea y unos pies kilometricos.

De pronto, don Hernando cogió a su hijo por debajo de los hombros y lo levantó en el aire, por encima de su cabeza, como si fuera un bebe de meses.

—¿Qué tal le ha ido en el colegio a mi chiquitín? –pregunte.

Ni siquiera cuando fue al circo Atlas, durante las pasadas navidades, había visto Aurelio tamaña demostración de fortaleza.

Y, entonces, el hombre más fuerte del mundo se volvió hacia el y le tendió la mano.

—De modo que tú eres Aurelio, ¿eh?

—Sí, señor.

Don Hernando lo miro de arriba abajo, detenidamente. ¡Un amigo de Herminio! ¡Lo nunca visto!

—Bienvenido al club de los grandullones –dijo, por fin.

Y, durante un breve instante, le estrujó los dedos con tal fuerza que Aurelio sintió que le descoyuntaba el brazo entero.

Herminio le lanzó a su padre un balony éste encestó en una rudimentaria canasta que colgaba de la pared de la cochera.

—¡Bravo! –jaleó Elisa.

Tras jugar todos contra don Hernando a ver quién llegaba antes a veintidós puntos, el señor Otentote dio una fuerte palmada.

—¡Eh! ¿Que os parece si lavamos el autocar? –dijo.

—¡Fantástico! –respondieron Herminio, Elisa y Aurelio, a un tiempo.

Se calzaron los cuatro sendas botas de pocero, empaparon grandes cepillos en agua con detergente y, uno por cada esquina, comenzaron a enjabonar la carrocería y las ruedas y los cristales de las ventanillas y la escalerilla trasera, que servía para trepar hasta la baca del techo.

Luego, el señor Otentote cogió una manguera y empezó a rociar con agua el autocar.

—Toma, Aurelio, sigue tú –le dijo de pronto.

Aurelio abrió unos ojos así de grandes. Casi no podía creerlo, mientras oprimía la boca de la manguera para darle presión al chorro y sentía el agua resbalandole por los codos.

Mas tarde, ya en casa, sobre un gran mapa de Europa, don Hernando les contó uno de sus innumerables viajes: aquel en que, atravesando Rumanía camino de Estambul, tuvo que pedir ayuda al mismísimo conde Dracula para poder cambiar una rueda pinchada del autobús.

—¿Cómo es, papi? –pregunto Elisa.

—¿Rumanía?

—No, hombre. El conde Drácula.

—¿El conde? Mas o menos, como aparece en las películas; pero sin maquillaje, claro.

—¿Y no le clavó los colmillos en la yugular? –preguntó Aurelio en un susurro.

—Lo intentó. ¡Vaya si lo intentó! Pero yo le amenacé con la llave inglesa grande y entonces él se convirtió en vampiro y se alejó volando en la oscuridad. ¡Flop, flop, flop...!

—¡Qué emocionante!

LA TARDE PASÓ CASI SIN SENTIR. Y cuando doña Hortensia anunció que la cena estaría en diez minutos, Aurelio se llevó las manos a la cabeza.

—¡Tengo que volver a casa! ¡Menuda bronca me espera!

—¿No te puedes quedar a cenar? –preguntó Herminio.

—¡Imposible!

—Tranquilo, hombre –dijo don Hernando–. Te llevo en el autobús y estarás en casa en cinco minutos.

DE CAMINO, mientras esperaban a que el semáforo de la plaza de España cambiara a verde, el señor Otentote se volvió hacia Aurelio.

—Herminio me ha contado que te has hecho grande de repente.

—Sé, señor, así es. Fue hace un par de días.

—Entonces, seguro que te has encontrado con un montón de problemas inesperados.

—Algunos, sí...

—Y, claro, estarás pensando que ser grande solo presenta inconvenientes. Sin embargo, también tiene sus ventajas, ¿sabes?

—¿Ah, sí? ¿Como cuales?

—Hombre... hay muchas. Por ejemplo: puedes esconder cosas en lo alto de los armarios... o asomarte por encima de las tapias a lugares que los demás no verán jamas; nadie te tapa la pantalla cuando vas al cine, y los desfiles se ven de maravilla, aunque haya muchísima aglomeracion.

Aurelio sonrió educadamente.

—Bueno... Lo cierto es que yo voy a muy pocos desfiles, ¿sabe?

Estaba claro que los argumentos del señor Otentote no le convencían. Pero éste no se desanimó.

—Escucha, Aurelio: hay algo que sí es muy, muy importante.

—¿Queé es?

—Que... ¿como te diría? Que una persona grande, un grandullón como nosotros, como tú o yo... ocupa un mayor espacio dentro del mundo. ¿O no?

Aurelio frunció el ceño.

—Sí. Supongo que sí. No lo había pensado nunca.

Aurelio se apeó ante el portal de su casa y se despidió de don Hernando agitando el brazo. El señor Otentote correspondió lanzando un bocinazo que acelero los corazones de todo el vecindario.

Esa noche, Aurelio concilió el sueño muchísimo mejor. Estaba contento, lo había pasado bien y empezaba a sentirse cómodo dentro de su nuevo cuerpo. Había ganado cinco kilos desde el «estirón» y ya no parecía el anuncio de un campo de exterminio nazi, sino un simple chico alto y delgado. Por supuesto, añoraba su tamaño anterior, tan corriente, tan discreto... pero si el doctor Bélsamo le dijese que el síndrome de Vómer no tenía cura y que debía seguir siendo alto el resto de su vida, quizá –solo quizá– podría hacerse a la idea.

Pensó en los Otentote; en que eran una gran familia, ademas de una familia grande.

Ahuecó la almohada, se tumbó sobre el lado derecho y se quedó dormido en el acto.

13 En letra negrilla

T

RES días más tarde, justo al cumplirse una semana desde que aparecieran los primeros síntomas del síndrome, Aurelio y su madre volvieron a acudir a la consulta del doctor Bálsamo.

La sala de espera estaba vacía. Desde el momento mismo en que el doctor Bálsamo tuvo conocimiento del problema de Aurelio, no había vuelto a recibir pacientes ni a cuidar de su aseo personal; se había limitado a consultar libros y tratados, realizar llamadas telefónicas en busca de información y tocar el violín.

La espera, por tanto, fue breve. Solo el tiempo necesario para que Bálsamo pudiera tomar una ducha, afeitarse apresuradamente y cambiarse de ropa.

Pese a todo, doña Matilde pudo comentar una vez más lo guapa que estaba Fabiola de Belgica el día de su boda, que ya parecía una reina aun antes de serlo.

—Señora... Aurelio... Adelante, por favor.

Pasaron a la consulta. Bálsamo tomó asiento en su sillón americano e inspiró profundamente antes de comenzar.

—Tu... problema es realmente infrecuente, Aurelio. Hablar de un caso por cada cien millones de habitantes sería, quizá, excesivamente optimista. Desde el primer momento, recurrí a todas las fuentes de información que me vinieron a la memoria. Mas nadie sabía nada sobre el síndrome de Vómer. Algunos colegas creyeron que les hablaba de otras dolencias: el síndrome de Weber,

el de Vernet, el de Vogt... Era algo realmente desesperanzados Estaba a punto de rendirme, cuando caí en la cuenta de algo tan evidente que hasta entonces me había pasado inadvertido: ¿quien había de ser la primera autoridad mundial y saber mas que ningún otro medico del planeta sobre el síndrome de Vómer... sino el propio doctor Vómer?

—Es verdad –admitió Aurelio.

—Centre entonces todos mis esfuerzos en localizarle. Baste decirte que solo en la tarde de ayer puse cinco conferencias a Portugal: a la Universidad de Lisboa, al Hospital Clínico de Oporto, al Ministerio de la Gobernación portugués... mas nadie sabía darme razón del paradero del eminente medico. Por fin, esta misma mañana, una mujer de la limpieza del decanato de la Facultad de Medicina me ha sugerido que llamase a informacióntelefónica. Y, efectivamente, me han proporcionad el número del doctor Vómer en menos de un minuto. A eso de las trece cuarenta y cinco, he conseguido hablar personalmente con el mismísimo Joaun Vómer.

—¿Y queé? –preguntaron al unísono Aurelio y su madre.

Bálsamo alzó manos y cejas en un signo de sincera admiración.

—¡Oh! Una persona excepcional, sin duda. Posee una voz grave y cálida y habla el español con total corrección y solo un leve acento galaico–portugués. Basta conversar con él unos minutos para darse uno cuenta de que se trata de una eminencia.

Doña Matilde tuvo que hacer un gran esfuerzo para no saltar sobre el doctor y arañarle la cara. Logró contenerse mordiendo con fuerza el asa de su bolso.

—¿Y qué más? –masculló.

Bálsamo se secó con un pañuelo el sudor que le perlaba la frente.

—¡Ejem...! Sobre el asunto de Aurelito... se ha negado a admitirlo como un caso claro de síndrome de Vómer.

—¿Quéee?

—¡Y sin embargo lo es, doña Matilde! –exclamó Bálsamo, al tiempo que daba una fuerte palmada sobre su mesa–. ¡Estoy seguro de que lo es! Pero el argumenta que necesitaría hacer una exploración a fondo de Aurelio para confirmar el diagnostico. Lo cual, hay que reconocerlo, parece razonable.

Doña Matilde se llevó una mano a la frente.

—No... no entiendo nada –reconoció–. ¿Entonces...?

—Vómer ha sugerido que si Aurelio acudiese a su consulta de Lisboa para hacerle un reconocimiento completo, podría dictaminar sin asomo de duda si se trata o no del mismo síndrome que el describió en su día.

Doña Matilde bajee los ojos.

—¿A Lisboa, dice usted? Desde luego, no contábamos con algo así. Por supuesto, esta misma noche lo consultaré con mi marido y le daré una respuesta; sin embargo... mucho me temo que, en este momento, nos sea muy difícil costear semejante viaje y los honorarios de un médico tan prestigioso.

—Pero, mami...

—¡Calla, Aurelio! Ya te digo que hay que hablarlo con tu padre. Si eso es todo, nos vamos, doctor. Muchas gracias por su interés.

Se encaminaron hacia la salida. Pero, al llegar al vestíbulo, el doctor Bálsamo tomó a doña Matilde por el brazo.

—Un momento, señora Mantecón.

Doña Matilde le lanzo una mirada interrogante. Bálsamo sudaba a chorros cuando prosiguió.

—Verá... Hay algo que he estado pensando durante toda la tarde. ¡Ejem! Es el caso que... si decidiesen enviar a Aurelio a la consulta del doctor Vómer... yo estaría dispuesto a acompañarle a Lisboa y a correr con todos los gastos.

La expresión de doña Matilde reveló ahora una absoluta perplejidad.

—¿Cómo? Pero... ¿Por qué, doctor?

Bálsamo hizo un gesto vago.

—Es difícil de explicar. Mire, yo estoy a punto de jubilarme. Y después de cuarenta y tres años de ejercicio profesional, ¿qué he aportado a la historia de la medicina? Nada en absoluto. Ni siquiera puedo contar con permanecer mucho tiempo en la memoria de mis pacientes. Eso queda para los cirujanos, que parece que siempre te operan a vida o muerte, aunque solo te extirpen una verruga. Pero un simple medico de general, como yo... Y, de pronto, cuando ya me había resignado a no dejar nada para la posteridad, cuando ya no tenía ni la mas leve esperanza de ser recordado por las generaciones futuras... ¡aparece esta oportunidad!

Al llegar aquí, la expresión de Bálsamo se había transformado por completo. Ya no era el amable anciano que tocaba el violín como un estudiante de primer año de conservatorio. Un velo de rabia y determinación se dibujaba en las profundas arrugas de su frente.

—¿Sabe por qué Vómer no quiere soltar prenda? ¿Por qué pretende que Aurelio vaya a Lisboa? ¡Porque quiere toda la fama para el solo!

—¿Fama? Pero... Vómer ya descubrió la enfermedad hace años, ¿no?

—¡Un único caso! Y, en medicina, un solo caso no es nada. Puede tratarse de un capricho de la naturaleza. Aurelio es la prueba definitiva. Es la confirmación de lo que hasta ahora no era más que una simple sospecha. Vómer necesita a Aurelio; pero Aurelio es mi paciente, no el suyo. Y si quiere conquistar la gloria, tendrá que compartirla conmigo. Es lo que siempre he deseado: aparecer en letra negrilla en las enciclopedias médicas. Ya me parece estar viéndolo: El síndrome de Vómer–Bálsamo. O, incluso, de Bálsamo–Vómer, si hemos de atender al siempre imparcial orden alfabético.

14 Expulsión

— ¿S

ABES? Me voy a Lisboa.

Otentote miró a su compañero de soslayo.

—¿A Lisboa? ¿A qué?

—Hay un médico famosísimo que me va a curar. Volveré a ser como antes.

—Pero...

—¡Otentote y Mantecón, tres minutos de expulsión! ¡Piiiiiiii!

¡Zas! ¡Los había cazado otra vez! Era la última genialidad de don Eubúlides, recientemente aficionado al balonmano: expulsiones de clase por tres minutos.

Aurelio y Herminio miraron con una mueca de fastidio al profesor que, silbato en boca, las piernas abiertas y ligeramente flexionadas, los señalaba con el índice derecho mientras, con el izquierdo, apuntaba a la puerta de salida.

Ya en el pasillo, reanudaron la conversación.

—Pero ¿qué estás diciendo? –preguntó Otentote.

—Lo que oyes. Mi médico, el doctor Bálsamo, me va a acompañar a Lisboa para que me vea el doctor Vómer, un famosísimo especialista portugués.

—¿Y... volverás a ser pequeño?

—¡Claro! Bueno..., eso creo. ¡Estoy contentísimo, figúrate!

Herminio sonrió y palmeó el hombro de Aurelio.

—Eso es estupendo. Estupendo, sí...

Luego, se aproximó a una de las ventanas y contempló el patio interior del colegio, con sus columnas, sus grandes arcos, su galería superior acristalada y sus azulejos decorados con frases en latín relativas a la educación y la didáctica.

—Oye, Aurelio –dijo Herminio, de pronto, sin volverse–. Y ese médico portugués ¿crees que podría encogerme a mí también?

—No lo sé. Si quieres, le preguntaré.

—Anda, sí.

15 No lavar jamás

L

AS escaleras mecánicas de los Almacenes Modernos, aun funcionando correctamente, requerían ciertas dotes gimnásticas por parte de los sufridos clientes del establecimiento. Su avance era siempre espasmódico, odiosamente irregular, lo que hacía imprescindible llevar las piernas flojas, el cuerpo flexible y la mente lúcida, como si se estuviera practicando el esquí acuático. Por otro lado, salvo cuando estaba inmóvil –cosa que sucedía durante días enteros–, el pasamanos llevaba siempre una velocidad muy superior a la de los escalones. De ahí que cualquier descuido en su utilización te llevase inevitablemente a morder el polvo.

—Me han dicho mis amigas, que viajan mucho, que el clima de Lisboa es delicioso –le comentó doña Matilde a su hijo, tratando de mantener el equilibrio camino de la segunda planta–. Pero no hay que fiarse. Ademas, como creciste casi tres dedos después de comprarte lo que llevas puesto, lo mejor será proveerte de un vestuario completo: ropa ligera, de abrigo y de entretiempo. Y un bañador, por si vais a la playa.

—¿A la playa con el doctor Bálsamo? ¡Bruuuaaaj!

—Niño, no hagas cochinadas.

EL SEÑOR PINCEL les echo el ojo apenas traspasaron los límites de su sección. De inmediato, cruzó una mirada altamente profesional con el segundo dependiente.

—De esos, me encargo yo –rezongó–. Mira y aprende.

Gruñó, desafiante; se enderezó en la solapa el cartelito con su apellido y avanzó hacia madre e hijo como una columna de carros de combate.

—¡Ya! ¡Ya veo! –bramó, apenas los tuvo a su alcance–. Así que al niño le ha encogido la ropa, ¿eh?

—No, no es eso –trató de explicar doña Matilde.

—¿Cómo? –exclamo el dependiente–. ¿Acaso pretende insinuar que no le vendí a su hijo la talla adecuada? ¿Pone usted en duda mi profesionalidad?

—No, mire...

—¡Que llevo muchos años en esto, señora! ¡Que me conozco todos los trucos! Usted ha lavado estas prendas con agua caliente y por eso le han encogido. Y ahora pretende que yo se las cambie. ¡Pues de eso, nada! ¡Aquí no se cambia nada! ¡En cuarenta y un años que llevamos abiertos al público, no hemos cambiado ni una boina! ¿Lo oye bien? Lo que tiene usted que hacer es leer las etiquetas, que para eso están. Mire, mire, aquí lo dice bien claro: Laver a l'eau froide, que, como todo el mundo sabe, quiere decir «Lavar en agua fría». ¡Fría!Y en el pantalon Ne laver pas, o sea, «no lavar». ¡No lavar nunca, señora! ¡Jamais! Pero ustedes, las etiquetas se las pasan por donde yo me sé. Y luego, ¡a protestar a la tienda! ¡Qué bonito!

Aurelio y su madre se miraron de reojo y suspiraron largamente.

16 Campo Sepulcro

E

L doctor Bálsamo apareció por el fondo del andén apenas cinco minutos antes de la partida del tren, ataviado como un viajero de novela romántica y seguido por un mozo de equipajes absolutamente sepultado bajo una avalancha de maletas y baúles.

—Pensábamos que no llegaba, doctor –dijo don Matías ayudando al mozo a introducir los bultos en el departamento de Bálsamo.

—Un poco apuradillo de tiempo he venido, sí señor –reconoció el médico–. Hacía tanto que no viajaba, que me falta costumbre a la hora de hacer el equipaje. Al final, he optado por cogerlo todo.

—Ya, ya veo.

El jefe de estación recorría ya el andén en dirección a la locomotora gritando: «¡Viajeros al treeen!».

Aurelio besó a sus padres y subió de dos zancadas a la plataforma del vagón de primera clase.

Bálsamo estrechó la mano de don Matías y besó la de doña Matilde.

—Estén tranquilos –dijo–. Los llamaremos desde Atocha, antes de hacer el transbordo al Lusitania Exprés.

—Muy bien. ¡Adiós! ¡Buen viaje!

El jefe de estación alzo la bandera roja e hizo sonar su silbato. Silbó también la locomotora y, en medio de potentes resoplidos, rodeado

por una nube de humo y vapor, el rápido de Madrid fue dejando atrás los andenes del Campo Sepulcro.

A través de la ventanilla, Aurelio observaba como el laberinto de raíles se resolvía poco a poco hasta confluir en una sola vía. Justo entonces, al abandonar el convoy los terrenos de la estación, llamó su atención una figura que contemplaba el paso del tren desde lo alto de un talud cercano. Lo reconoció de inmediato.

—¡Eeeeh! –gritó bajando el cristal–. ¡Herminiooo!

—¡Aureliooo! ¡Adiós, buen viajeee!

Otentote levantó el pulgar derecho, como había visto hacer en las películas de guerra americanas. Y lo mantuvo en alto hasta que el tren fue solo un puntito en la lejanía. Y aún permaneció un buen rato más allí, en pie, junto a las vías.

«También es mala suerte –pensó–. Para una vez que encuentro a alguien con quien compartir los problemas...»

Maldijo a aquel medico portugués que iba a reducir a Aurelio a su anterior tamaño.

—Con lo que cuesta encontrar un buen amigo... –masculló.

Pese a todo, permaneció en su mente el rescoldo de una esperanza. ¿Acaso Portugal no era un país mucho mas pobre y atrasado que España? ¿Como podía, entonces, un medico portugués conseguir lo que ningún español había logrado? Seguramente se trataba de un charlatán y un estafador.

Consultó su reloj. Tendría que esperar aún tres cuartos de hora antes de regresar a casa. Un verdadero fastidio.

Era la primera vez que se escapaba del colegio.

DOCE HORAS MÁS TARDE, sin mayores incidentes, Aurelio y Bálsamo se hallaban ya camino de Lisboa. El Lusitania Exprés devoraba raíles como quien devora espaguetis.

En la litera superior del departamento de cochecamas que compartía con Bálsamo, Aurelio no podía pegar ojo. Por un lado, el hueco habilitado para la cama era demasiado pequeño para el. Por otro, los ronquidos del doctor se habían acompasado al traqueteo del tren de tal manera que le resultaban absolutamente insoportables. Sin embargo, Aurelio sospechaba que su creciente nerviosismo no se debía a otra cosa que al hecho de estar acercándose, a noventa kilometros por hora, al lugar donde tendrían fin todos sus problemas: la clínica del doctor Vómer. Sí, sí: clínica. El doctor Vómer tenía su propia clínica. Como san Juan de Dios. Al enterarse, Aurelio quedó impresionadísimo. Esperaba con ansiedad el momento de verse frente a Vómer y estrechar su mano. Incluso tenía el firme, aunque secreto, propósito de fotografiarse junto al genio. Y guardaría la foto el resto de su vida, como un maravilloso recuerdo. Más aún: como una prueba irrefutable de haber conocido personalmente a João Vómer, la eminencia medica del siglo xx.

Se dio cuenta de que, a partir de ahora, ya tendría algo que contar. Un magnífico tema de conversación. Todo un mundo de insospechadas posibilidades se abría ante el.

Pensando en ello, se quedo dormido con una sonrisa boba en el rostro.

Al otro lado de la ventanilla, en los interminables campos extremeños, los cerdos ibéricos dormitaban en sus cochiqueras, indiferentes al paso del Lusitania Exprés.

17 Santa Apolonia

A

la mañana siguiente, durante el opíparo desayuno en el coche restaurante, Aurelio se extrañó de que el doctor Bálsamo prestase más atención a un pequeño librito de bolsillo que a los «croissants» calientes rellenos de mantequilla.

—¿Qué libro es ese, doctor?

—Este libro es nuestro pasaporte para circular por Lisboa.

—¿Cómo?

—La famosa guía turística Berlitz. Porque, aparte de entrevistarnos con el doctor Vómer, tendremos que hacer algo de turismo, creo yo. Y aquí esta todo: monumentos, barrios, museos... Y hasta una pequeña guía de conversación con las frases mas usuales en cada circunstancia. ¡Qué genial idea! Escucha: «Todo cuanto usted debe hacer es leer con decisión la pronunciación figurada que aparece a la derecha de cada frase». ¿No es fabuloso? Ven, hagamos una prueba. Al fin y al cabo, ya rodamos por tierras portuguesas.

—Por mí...

—Vamos allá: con decisión, dice aquí. ¡Criadu! ¡Criadu! ¡Fash favor!

Tras comprobar que los ostentosos gestos de Bálsamo solo podían estar dirigidos a él, el camarero se acercó.

—¿Cual e a ishpesialidade da casa? –dijo Bálsamo, acompañando la

frase con un envolvente ademan.

El camarero se encogió de hombros.

—¿Especialidad? –pregunto con acento del interior de Murcia–. No sabría decirle... El pepito de ternera, quizá.

—¡Muitu obrigadu! –respondió Bálsamo, satisfechísimo.

Aurelio y el camarero intercambiaron una sonrisa.

—Realmente, no parece muy difícil la lengua de Camoens –comentó el doctor.

AL FILO DEL MEDIODÍA, el Lusitania Exprés hizo su entrada en la estación lisboeta de Santa Apolonia.

—Vamos, Aurelio. Le pediré a un mozo que nos baje las maletas.

Desde el andén, el doctor Bálsamo llamó por gestos a un mozo de equipajes.

—Fasa favor de me baixar ash malash –leyó, con voz contundente.

—¿Quais malash? –preguntó el hombre.

Bálsamo, siguiendo la creencia española de que si alguien no nos comprende es porque padece sordera, repitió la frase a todo pulmón.

—¡Fasa favor de me baixar ash malash!

—Sin, sin. ¿Mas onde istán suas malash?

Bálsamo se volvió hacia Aurelio.

—Pero ¿qué dice este hombre?

Aurelio señaló su departamento a través de la ventanilla.

—¡Ésas! ¡Ésas son nuestras malash!

—¡Ah! ¡Muito bem! –exclamó el mozo subiendo al vagón.

Bálsamo palmeó la espalda de Aurelio.

—Hijo, estoy gratamente sorprendido. Creo que vas a ser un excelente compañero de viaje.

También Aurelio estaba sorprendido por haber resuelto aquel pequeño incidente de manera tan satisfactoria.

Siempre gritando como si anunciase la llegada de un tren, Bálsamo logró indicarle al mozo que les buscase un taxi. El hombre los condujo hasta la parada de la propia estación, donde una larga fila de automóviles negros con el techo verde aguardaba viajeros.

—¿Aonde? –preguntó el taxista, tras haber cargado los innumerables bultos en el coche.

Bálsamo pasaba a toda mecha las paginas de su guía Berlitz.

—Para uma... uma... ¿como se dirá pensión? Ah, aquí esta: ishtalashim u pensaun, si fash favor.

—¿Em que bairru?

—¿Bairru?

—Sí. Bairru Alto, Baixa, Alfama...

—Creo que pregunta por que zona de la ciudad –indicó Aurelio.

—¡Ah! Pues cerca de la clínica de Vómer, claro... A ver... ¡Perto da rúa Sherpa Pintu!

—¡Ah, bem! Sherpa Pintu. Chiado –dijo el chofer–. Bairru de Chiado.

EL BARRIO DE CHIADO resultó ser céntrico y elegante. Abundaban los comercios de todo tipo y los cafetines antiguos; y la gente parecía especialmente amable.

El taxista los dejo en el Hotel de Santa Justa, muy cerca del ascensor del mismo nombre construido por el ingeniero francés Eiffel en 1901 y que sirve para salvar los treinta metros de desnivel existentes entre el Chiado y la zona Baixa.

—¿Cuándo iremos a ver a Vómer, doctor Bálsamo? –preguntó Aurelio mientras deshacían las maletas.

—Mañana, Aurelio, mañana. Esta tarde la dedicaremos a pasear por Lisboa.

—Yo no quiero pasear. Quiero curarme cuanto antes.

Bálsamo sonrió, comprensivo.

—Me hago cargo de tu impaciencia. Pero estoy seguro de que, aunque Vómer te hiciera pequeño esta misma tarde, nunca me perdonarías que no te llevase a ver Lisboa.

PESE AL GESTO VAGO y un tanto escéptico de Aurelio, al final de esa jornada tuvo que reconocer que el medico tenía razón.

Pasearon por la orilla del Tajo y por el maravilloso Jardín Botánico. Contemplaron una hermosa vista del puente colgante, y desde allí fueron hasta la torre de Belem, el punto que servía de referencia a todos los marineros que llegaban a Lisboa. Ya de vuelta, tomaron uno de los típicos tranvías amarillos para llegar hasta el parque de Eduardo VII, cuajado de aves blancas y negras, los colores de la capital. Mas tarde, recorrieron las elegantes calles del Chiado y la Baixa, tomando varios funiculares para salvar los impresionantes desniveles, hasta desembocar, por fin, en la plaza del Comercio. Y luego se perdieron nueve veces en los laberínticos callejones del barrio de Alfama, donde echaron unos escudos en el pote de un mendigo que tocaba el violín mucho mejor que el doctor Bálsamo.

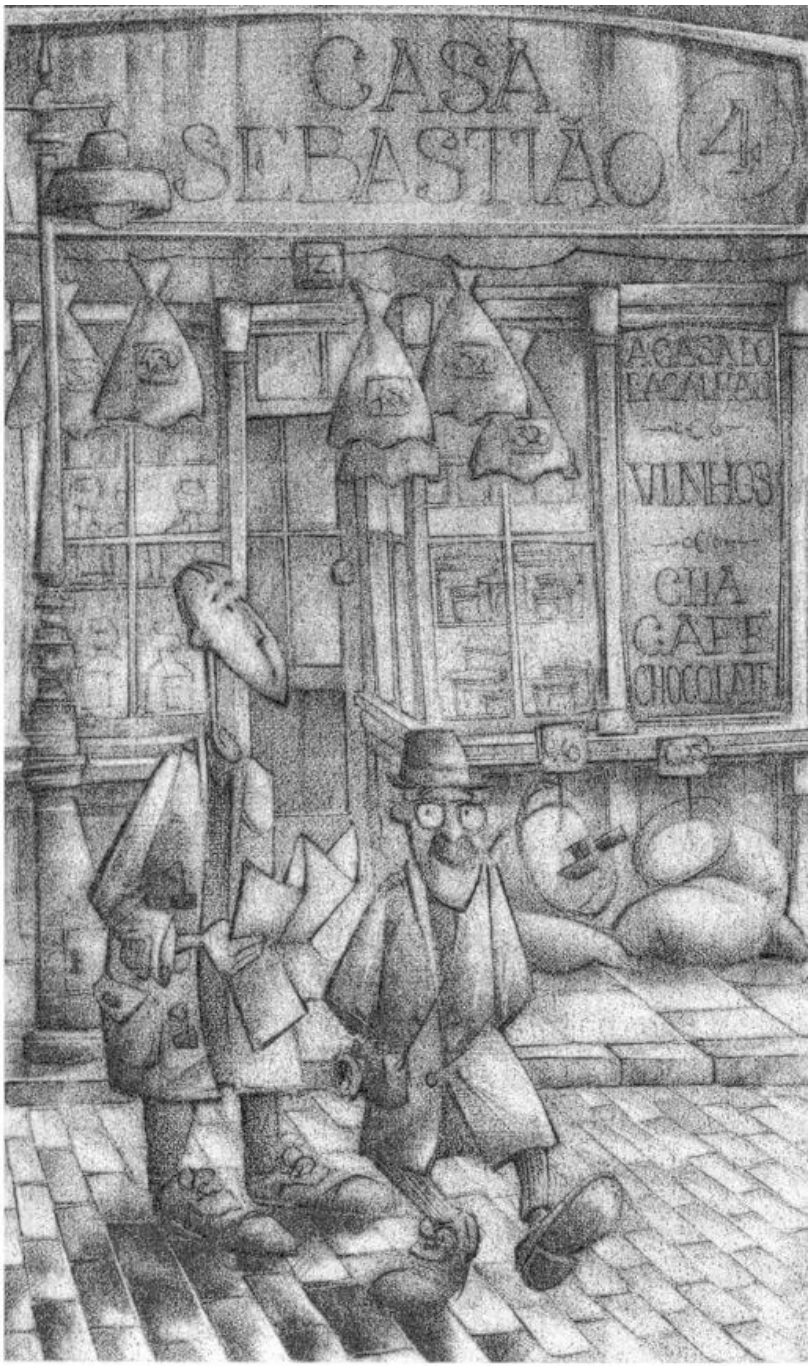
—Hay genios por descubrir en todos los rincones del mundo –comentó el médico, con lágrimas en los ojos, mientras escuchaba ejecutar la Danza macabra de Saint–Saens con un dominio del instrumento que el jamás llegaría a poseer.

Tan impresionado quedó que, a partir de aquel día, el doctor Bálsamo jamas volvió a tocar el violín delante de testigos.

LA DUEÑA DEL HOTEL de Santa Justa era una mujer de armas tomar llamada Assunção, que cantaba unos fados tristísimos mientras servía las albondigas de la cena.

—Pobre fillu meu. Qui magru ishtá –repetía una y otra vez, entre fado y fado, mirando a Aurelio.

—No se preocupe, doña Asunsaun –replicaba Aurelio–. Ahora estoy delgado, tiene usted razón; pero ya verá el cambio que voy a dar mañana. Se va usted a quedar de piedra, mañana. ¡De pedra doña Asunsaun!


CASA
SEBASTIÃO
4
VINHOS
CHÁ
CAFÉ
CHOCOLATE

Y se acostó enseguida, con esa firme convicción.

Antes de dormirse, Pensó en sus padres. Lo estaban pasando mal, los pobres. Confiaba en que esta temporada alejado de ellos los ayudase a serenarse. Pensó también en la familia Otentote, tan majos ellos. Pensó en Herminio, en especial. ¿Qué tal le habría ido en el cole estos dos últimos días? ¿Habría tenido que soportar muchas majaderías por parte de don Eubúlides? ¿Seguiría colgado de las espalderas en la clase de don Abundio? ¿Habría logrado dar esquinazo a Marraco y Parellada en todo momento? Deseco fervientemente que así fuera; pero no pudo evitar un cierto sentimiento de malestar. Casi, casi, de culpa. De pronto, no estaba seguro de que su compañero pudiese arreglárselas solo durante mucho tiempo. Habría querido estar ya de vuelta para echarle una mano.

18 EL doctor Vómer, supongo

A

MANECIÓ, por fin, el día más esperado en la existencia de Aurelio Mantecón.

La mañana era calma, tibia, rosa y gris. La calle Santa Justa olía a chocolate y a billetes de banco; y el elevador construido por Eiffel, a hierro caliente y a grasa de litio.

Aunque tenía un hambre pavorosa, Aurelio se negó a probar bocado. Las pruebas a que había de someterle el doctor Vómer quizá o requiriesen que estuviera en ayunas.

Fueron a pie hasta la clínica, ante la que, deliberadamente, habían evitado pasar la tarde anterior. Esa fue la primera sorpresa del día.

Aurelio esperaba algo similar a un hospital, blanco, moderno, atestado de gente y con altavoces dando avisos constantemente. En su lugar, hallaron una casita de tres plantas, con fachada de piedra gris, rematada por un torreón circular y circundada por un alero de madera labrada que quitaba el hipo.

Los turistas confundían a menudo la clínica con el Museo de Arte Contemporáneo de la ciudad, situado a pocos metros de allí.

Tras subir una escalinata de seis desgastadísimos años, llamaron al timbre, que sonó tenue y lejano.

Vómer en persona salió a abrirles.

—El doctor Bálsamo, supongo

—El mismo –respondió el aludido estrechándole la mano–. Y este muchacho es Aurelio Mantecón.

—Pasen. Los estaba esperando.

No parecía un genio. Al menos así, a primera vista. Debía de rozar los cincuenta. El cabello, oscuro, levemente plateado en torno a las sienes. La nariz, recta, un poco grande. Los ojos, vivaces, con cejas finas. Era alto, casi tanto como Aurelio, y fumaba tabaco olorosísimo en una preciosa pipa Stanwell.

La clínica, conocida en toda Lisboa, hacía años que no tenía pacientes.

—Las ocho únicas habitaciones solían estar ocupadas en vida de mi abuelo, el doctor Bernardim Vómer. Pero ya en tiempos de mi padre, don Joaquim, la casa quedó sólo como como consulta y vivienda.

Avanzaron por un lóbrego pasillo jalonado por cuatro puertas y subieron luego por una escalera de mármol hasta la planta superior. Allí, en el último piso del singular edificio, se encontraba el despacho de Vómer, presidido por un sonriente esqueleto que se balanceaba colgado de su soporte. A los pies, una curiosa placa de latón rezaba: Don Bonifacio Cordeiro 1851–1924.

—Es auténtico, ¿no? –pregunto Balsamo observándolo con detenimiento.

—Así es –confirmó Vómer–. Don Bonifacio fue un buen amigo de mi abuelo. Un gran hombre. En su testamento donó su cuerpo a la ciencia y varias promociones de estudiantes de anatomía de la Universidad de Lisboa se beneficiaron de su generosidad. Hace unos años, el Decanato de Medicina saco a subasta distinto material de prácticas y yo pude hacerme con la osamenta de don Bonifacio por una módica suma, cosa que me colmo de satisfacción. Lo cierto es que siempre lo consideramos como de la familia.

Osamentas aparte, la sala era alegre, espaciosa y henchida de luz. En una de las paredes de la estancia se abrían dos grandísimos balcones; y por el lado contrario, donde el techo se abuhardillaba,

una enorme cristalera practicable dejaba paso franco a los rayos del sol. Un sol marinero y conquistador, como la propia Lisboa.

—Quítate la camisa, Aurelio, haz el favor. Voy a auscultarte.

Durante varios minutos, el doctor Vómer, cerrados los ojos, paseó el estetoscopio por la espalda, el pecho, el cuello y el abdomen de Aurelio diciéndole que tosiera, que dijera treinta y tres, que aguantase la respiración... Luego, practicó sendos pellizcos en la piel de Aurelio y midió su grosor con un aparato semejante a unas pinzas.

—Como se figurara, la proporción entre masa magra y masa grasa es fundamental –comentó con el doctor Bálsamo.

Mas tarde, le hizo componer un sencillo rompecabezas de piezas de madera. Y le palpó con cuidado las articulaciones de muñecas, tobillos y rodillas.

—¿Cuántos días hace que padeciste el síndrome?

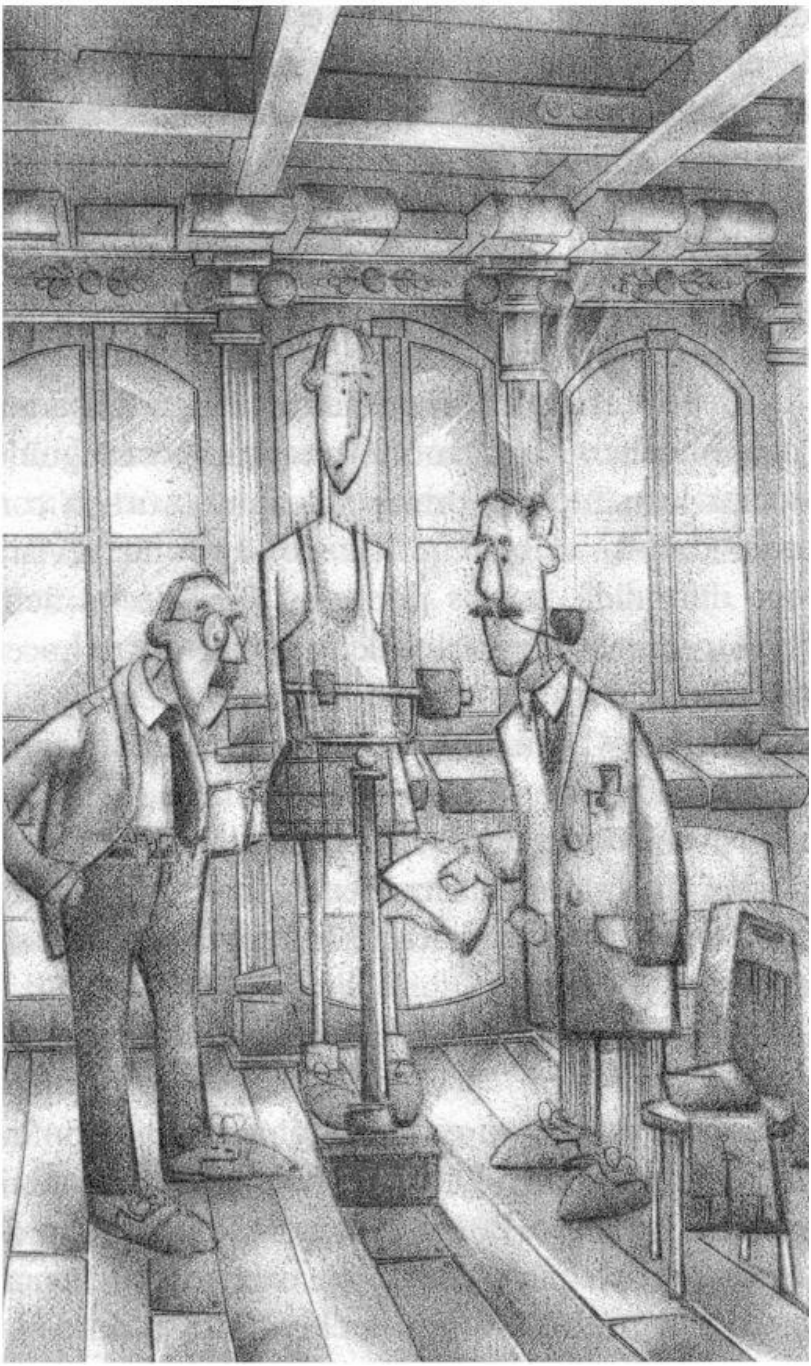
—Hoy hace once días, doctor.

—Ajá.

Vómer decía «ajá» y era como escuchar el más docto comentario. El paciente intuía al instante que ese bisílabo encerraba una absoluta comprensión de su dolencia. Era un «ajá» infinitamente tranquilizador.

Tanto Aurelio como el doctor Bálsamo estaban embelesados.

Al final de una mañana plena de pruebas y análisis, el doctor Vómer, siempre sonriente, los invitó a tomar asiento en dos cómodos butacones mientras él hacía lo propio en el canto de su mesa, de una forma un tanto indolente.



—Bien... Ahora sí, Aurelio, estoy en condiciones de poder afirmar que, sin duda, has padecido el síndrome que yo describí por vez primera hace veintitrés años.

—¡Lo sabía! –exclamó Bálsamo, sin poder contenerse.

Vómer, sin dejar de sonreír, se dirigió a su colega.

—Debo felicitarle efusivamente, amigo Bálsamo. Pocos médicos en el mundo habrían conseguido asociar los síntomas presentados por Aurelio con aquel oscuro trabajo publicado, en una revista poco difundida, en los primeros años de mi actividad profesional. Su intuición y su buen hacer han sido admirables.

—Oh, no es para tanto –acertó a decir Bálsamo, enrojeciendo como un chiquillo.

—No se quite méritos –insistió el luso–. Su actuación ha sido enormemente meritoria; sobre todo, teniendo en cuenta lo infrecuente de la situación.

—Ah, eso sí: infrecuentísima –puntualizó Bálsamo, silabeando.

Desde el momento en que Vómer había confirmado el síndrome, Bálsamo había roto a sudar como un fogonero. Buscaba denodadamente el momento preciso para plantearle sus exigencias al portugués: un lugar junto a él en la historia de la medicina, a cambio de cederle a su paciente. Un paciente único en el mundo.

Y estaba a punto de hacerlo cuando, con un comentario aparentemente banal, Vómer echó por tierra todos los proyectos de Bálsamo para ganar la posteridad.

—¿Sabe –preguntó Vómer– que en estos veintitrés años tan sólo he tenido ocasión de estudiar a fondo siete casos del síndrome?

El doctor Bálsamo quedó inmóvil; y se le empañó la mirada como las gafas de un submarinista.

—¿Siete casos? –murmuró, ausente–. Eso es fascinante.

—Así es –prosiguió Vómer mostrando un archivador–. Siete, tan sólo. Aquí los tengo todos perfectamente descritos y anotados. Dos portugueses, un brasileño, un cubano y un sueco, más aquel primer muchacho del año cuarenta y cuatro que, por cierto, ya es ingeniero de caminos. Y ahora, Aurelio, naturalmente.

Bálsamo había palidecido; y unos lagrimones como puños amenazaban con rodarle mejillas abajo.

—Pero, doctor Bálsamo, ¿qué le ocurre?

—No es nada, no es nada –contestó con un hilillo de voz–. Una cuestión personal. Que me he emocionado, ya ve qué tontería.

Aurelio lo miró de soslayo. Sabía lo que le ocurría a su médico: que todas las ilusiones que había entretejido estos días acababan de rasgarse como tela vieja. Vómer no le necesitaba para nada. Tenía otros seis casos archivados, posiblemente más espectaculares y claros que el suyo. El síndrome de Vómer había sido descrito, comprobado, contrastado y vuelto a contrastar. Bálsamo no tenía nada nuevo que ofrecer. Y, por tanto, jamás vería su apellido escrito en letra negrilla.

Entonces, Aurelio vio que la mirada de Vómer se había posado en él. Y sintió pánico. Un pánico atroz. Pánico a que también sus ilusiones quedasen hechas añicos. Quería preguntar, pero no se atrevía. Temía tanto, tanto una negativa...

Fue el propio doctor Vómer quien lo sacó del apuro.

—Aurelio, buen amigo, me figuro que ahora te estarás preguntando si tu problema tiene curación, ¿no es eso?

—Así es –reconocía Aurelio, con el corazón encabritado–. Dígamelo sin rodeos, doctor. ¿Me curaría?

Vómer sonrió aún más.

—Sin duda alguna –dijo con firmeza.

Aurelio cerró los ojos, todavía incrédulo, y dejó escapar un interminable suspiro de alivio.

—Menos mal –dijo al fin. Lo asaltó entonces una terrible duda.

—Y... el tratamiento ¿es muy complicado?

—Según se mire.

—¿Doloroso?

—Podría serlo en algún momento.

Aurelio no entendía por que Vómer sonreía sin parar. Le recordó a Herminio Otentote.

—Bien. Haré lo que sea, doctor. ¿Cuando empezamos?

Vómer mantuvo su sonrisa.

—En cierto modo, ya empezaste hace once días –dijo.

—¿Cómo?

El medico echó a andar y, con un gesto, indicó a Aurelio que le siguiera. Lo condujo hasta una amplia terraza situada en lo más alto de la casa, sobre el torreón circular, y desde la que se contemplaba una espléndida vista de la zona baja de la ciudad, incluida la desembocadura del Tajo.

Allí, acodados ambos en el pretil de piedra, mirando los tejados, el río y el océano casi infinito, continuaron la conversación.

—Aurelio, si te digo que ya has comenzado tu tratamiento es porque la única medicación, la única intervención quirúrgica que tu enfermedad requiere, es el paso del tiempo. El síndrome se cura por sí solo. Es, por así decirlo, una dolencia pasajera.

Aurelio se volvió extrañado hacia Vómer, que había sacado una carterita con tabaco y empezaba a cargar meticulosamente su pipa Stanwell.

—¿Quiere usted decir que dentro de algún tiempo volveré a ser como antes?

—Así es. Ni más ni menos –respondió el doctor–. Como tantos de los problemas que angustian al hombre, como muchos de los que a ti mismo te acecharán en el futuro, también este pasará con el tiempo.

Aurelio se quedó serio.

—Entiendo. Quiere usted decir que me acostumbraré –dijo de mal talante–. Que llegará un momento en que ya no me importará ser un gigante. Y ese es el remedio a mis males, ¿no es así?

—¡No, no, en absoluto! –exclamó Vómer–. No me has comprendido. ¡Realmente te curaras! ¡Te lo aseguro!

La mirada escéptica de Aurelio coincidió con los primeros intentos de Vómer de encender su pipa.

—Veamos, Aurelio. En realidad, ¿cuál es tu problema?

—Pues... que mido treinta y tantos centímetros más que los chicos de mi edad.

—No es exacto –puntualizó el médico.

—¿Ah, no?

—No. Lo que en verdad te ocurre es que has alcanzado tu estatura definitiva inesperadamente. Ése es el efecto del síndrome. Todo lo que tenías que crecer en tu vida lo has crecido de la noche a la mañana. Las causas son todavía un misterio, lo reconozco. En ocasiones pienso si no será una simple jugarreta del tiempo o del destino. Pero hay algo que esta muy claro: tu desarrollo se ha completado y, por tanto, ya no crecerás más.

—¿Seguro?

—Seguro, hombre, seguro. En cambio, tus amigos y compañeros seguirán ganando altura de modo normal. Y, precisamente, conforme ellos crezcan, tu problema se irá haciendo más y más

pequeño. En realidad, no ha hecho sino disminuir desde el momento mismo de su aparición. Sin pausa, día tras día, milímetro a milímetro. Y lo seguirá haciendo hasta quedar reducido a la nada. Dentro de seis u ocho años, o mucho antes quizá, habrás vuelto a ser una persona corriente y moliente.

Vómer dio una larga chupada a su pipa antes de continuar.

—Lo curioso del caso es que, aunque ahora te parezca imposible, añoraras entonces estos días llenos de trajín, de novedades y de aventura. Sentirás nostalgia del tiempo en que eras diferente. Y cuando rememores este viaje, te mostrarás convencido de no haber visitado jamas una ciudad mas bella que Lisboa.

Y como esto último ya empezaba a creerlo, Aurelio tuvo que admitir que quizá Vómer tuviera razón.

El médico pasó un brazo por los hombros de Aurelio y regresaron juntos a su despacho, donde Bálsamo estaba terminando de contarle sus penas al sonriente esqueleto de don Bonifacio Cordeiro. Al verlos entrar, interrumpieron ambos su charla. Bálsamo se volvió hacia ellos con indisimulada expectación.

—¿Que? –preguntó–. ¿Ya?

—Sí, doctor –respondió Aurelio–. Podemos irnos cuando usted quiera.

—Bien. Vámonos, entonces.

VÓMER LOS ACOMPAÑÓ a la salida.

—Adiós, Aurelio. No dejes de escribirme –dijo, estrechándole largamente la mano–. He abierto una carpeta con tu caso. Todo lo que me cuentes quedará archivado y será de gran interés para mí.

Luego, se volvió hacia Bálsamo.

—En cuanto a usted, estimado colega, ya sabe que cuenta, desde hoy y para siempre, con mi amistad y mi admiración.

Bálsamo sonrió, encantado de dejarse querer.

—Muchas gracias, Vómer. Me doy por satisfecho con eso. Sin embargo... , ¡ejem! Si cuando publique usted algún trabajo sobre su síndrome tuviera a bien mencionarme en él...

—Descuide. Lo haré con muchísimo gusto. Aunque, sinceramente, dudo de que mis estudios vean alguna vez la luz. Como podrá imaginar, una enfermedad que no necesita cura es algo que no interesa a nadie.

El aire olía a sal cuando Aurelio y Bálsamo se alejaron, calle abajo, seguidos por la mirada del doctor Vómer.

19 De vuelta

E

SA misma noche, Aurelio y el doctor Bálsamo tomaron de nuevo el Lusitania Exprés. Durante el largo viaje de regreso apenas cruzaron palabra. Cada uno se encerró en sus pensamientos y en su respectiva desilusión.

Bálsamo volvía a su consulta y, muy probablemente, ya no tendría nunca entre sus manos un caso tan interesante como el de Aurelio Mantecón, el muchacho que creció de golpe.

Aurelio, por su parte, se sentía terriblemente confundido. El recuerdo de las palabras de Vómer le animaba. Sabía que dentro de un tiempo volvería a ser normal. Pero, por otro lado, no dejaba de ser un pobre consuelo. Él quería ser normal ahora. Con esa esperanza había viajado a Lisboa. Y lo cierto era que regresaba con las manos vacías.

20 Billete de andén

H

ERMINIO Otentote había vuelto a hacer novillos esa mañana. Había faltado deliberadamente a clase por segunda vez en su vida. Pero lo encontraba totalmente justificado. A las once y diecisiete tenía su llegada el rápido de Madrid en el que regresaba su compañero.

Pagó con gusto las dos pesetas que costaba el billete de andén y se sentó en el primer banco, debajo del tremendo reloj pintado de verde ferroviario en cuya esfera podía leerse: J. Baena. Zaragoza.

A las once y media anunciaron que el rápido procedente de Madrid traía cincuenta minutos de retraso. Don Matías Mantecón, a quien Herminio observaba en la distancia desde hacía un buen rato, empezó a gesticular.

A las doce y cuarto anunciaron que el rápido de las once diecisiete tenía prevista su llegada a las trece horas y cinco minutos. El padre de Aurelio gesticuló aún más y abandonó la estación carraspeando a todo meter y echando venablos. Doña Matilde se quedó sola. Fue al quiosco, compró el ¡HOLA/ y se sentó en otro de los bancos.

Por fin, a la una y veinte, hizo su entrada el rápido de Madrid.

Doña Matilde corrió anden adelante. Herminio se puso en pie con el corazón acelerado y la siguió con la vista. Ahí estaba. Había visto a su hijo. Le saludaba con la mano. La vio correr hacia la puerta del vagón.

Aurelio bajó y se echó en brazos de su madre. Y Herminio dio un salto de alegría.

—¡Bien! –gritó para sí–. Sigue siendo alto. ¡Sigue siendo alto!

Así pues, no estaba solo, a fin de cuentas.

Aurelio le vio enseguida, a pesar de la distancia. Lo cierto es que no resultaba difícil distinguir a Herminio Otentote entre la multitud; sobre todo si estaba saltando como un canguro.

Se miraron unos segundos. Aurelio le hizo señas. Herminio se acercó corriendo y se dieron un fuerte abrazo.

—Mamá, doctor Bálsamo... –dijo entonces Aurelio–. Este es Herminio. Mi amigo Herminio.

Al decir aquello se sintió , de repente, muchísimo mejor.

Caminaron los cuatro andén adelante, en busca del paso inferior que les permitiera salvar las vías.

—Oye, estás más gordo –comentó de pronto Herminio, jovialmente.

—Y tu, más alto –replicó Aurelio.

A lo lejos, una locomotora lanzó al aire un silbido interminable, enviando hacia el cielo un chorro de vapor.

—Vamos, cuenta, ¿cómo es Lisboa? –preguntó Herminio.

Aurelio sacudió la cabeza, sonriente.

—¡Ah, Lishboa... ! –dijo, con correctísima pronunciación–. Lisboa es la ciudad más bonita del mundo.

Nota final

El doctor João Vómer pereció en el pavoroso incendió que, en agosto de 1988, arrasó casi por completo el barrio lisboeta de Chiado. Su famosa clínica, el trabajo de toda una vida dedicada a la investigación y, en especial, las notas sobre el síndrome que lleva su nombre –y que estaban a punto de ser entregadas para su publicación– fueron, igualmente, pasto de las llamas.

Este libro está dedicado a su memoria.

www.LiteraturaSM.com

© Fernando Lalana y José María Almárcegui, 1994

© Edición SM, 1994

© Del ilustrador José María Almárcegui

© De la presente edición: Ediciones SM, 2011

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 12 13 23

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-5149-5

Digitalizado por: Contenidos Digitales S.L. – Grupo Ulzama

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra.